

Leopoldo Castilla

El cantar *del* Catatumbo




ELPERRO
yLARANA

crónica



El cantar del Catatumbo


ELPERRO
yLARANA

2ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2022
1ª edición Ediciones Desde la gente, 2014

© Leopoldo Castilla
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Hecho el Depósito de Ley:
DC2022000448
ISBN978-980-14-5011-5

Leopoldo Castilla

**El cantar del
Catatumbo**

(Crónicas de la Venezuela bolivariana)

“

Volveremos a cantar con el huracán.

HUGO CHÁVEZ FRÍAS

*A Leonardo Ruiz Tirado y Pedro Ruiz,
que me enseñaron tanto de su Venezuela.
Y a Carlos Noguera. Amigos entrañables.
A quienes luchan por la integración y la
unidad de América Latina.*

VARIACIONES SOBRE EL PRIMER PARADIGMA

Sujeto a una metamorfosis incontenible, el hombre desciende del primer tacto del alga azul fuera del mar. Ella esparció la vida sobre la tierra. La criatura humana, signada por la memoria primordial de una aguja de carbono en el espacio, viene cruzando —en apenas un largo instante de la existencia del planeta—, el extraño designio de haber aparecido en el universo sin saber “adónde vamos, ni de dónde venimos, como lo enunció el verbo esencial de Rubén Darío.

Todo ese tiempo intentó desencadenarse de las especies fraguando una singularidad que lo dejara hacer pie, ilusoriamente, en su propia finitud. La idea de lo humano como atributo original, le sirvió para intentar desertar de su propia naturaleza que es la naturaleza misma. A la que le concedió solo el lugar de

punto de partida para justificar, biológicamente, su excepcionalidad.

Un primer paradigma que oculta otros más insondables como el de la materia y, al fondo de esta, el más real de todos que es la energía —su verdadero origen y, también, su auténtica entidad—. El asumirlo lo dejaría al humano sin individualidad, en tanto que él es, como sabemos, solo un ínfimo cúmulo en el vendaval de partículas que construyen todo el bosque de las galaxias.

Partir de este paradigma también invalidaría el concepto de unidad que sostiene a lo largo de la historia el cimiento del poder, el que, a su vez, alimenta la supervivencia de castas que hasta este siglo parecen indestructibles: la política, la religiosa y la militar, cuya estructura sigue, consecuentemente, siendo vertical y autoritaria.

La historia que se activa con los mismos síntomas y respuestas, seguirá siendo cíclica mientras no se desmonten esas pirámides de dominación. Al parecer no puede con la conciencia del hombre aferrado a la devoción de sí mismo y, como consecuencia, a su desintegración.

El hombre que alguna vez y en algunas selectas culturas intentó vivir en un concierto total con todo lo existente, viene desdeñando esos albures a cambio de la persistencia de sistemas que, en nombre de la organización, se transformaron en aparatos para justificar el sojuzgamiento de unos sobre otros.

Ni la idea de paz, ni la de la libertad, ni la de la igualdad, cuajaron definitivamente en siglos del tránsito humano.

A veces, exultante por la sensación de aparecer, vuelve a revelarse en todas las dimensiones y crea las obras más grandes del espíritu.

Una de maravillas, por muchas de horror o de desastres. Con esa carga alimenta la historia sin ver, tal vez, que en el derrumbe del universo él no ha sido más que una efímera leyenda.

Hasta aquí y frente a la inasible permanencia en este mundo, una mera enunciación de lo que podríamos llamar el punto cero de la criatura humana. En el camino, desde la instintiva manada prehistórica hasta nuestros días, la tribu ensayó distintas formas de organización. Casi siempre prevaleció la dominación de unos sobre otros. La negación de la alteridad llevó a aberraciones como el racismo —para dar un solo ejemplo— que es hijo no solo de la perversidad, sino también de una profunda ignorancia.

Pero siempre hubo quienes se atrevieron a seguir soñando.

En las experiencias revolucionarias, si bien se produjeron cambios significativos en la evolución hacia la igualdad de los hombres, muchas veces sucedió que a la épica de este intento transformador la desvirtuara la burocratización de los estratos dirigentes, cuándo no,

como ocurrió la eliminación dirigida, incluso entre los mismos revolucionarios, para que prevaleciera la estrategia de una u otra facción.

Libertad, solidaridad, igualdad, sin estos valores o con la falta de uno de ellos cualquier revolución pierde sustento ético y sentido real. Asimismo, frente a la discrepancia —y más si nace de su propio seno— debe tanto cerrar el puño como extender la mano. La fe ciega en la revolución no debe ser fe porque toda fe deifica y, obviamente, no debe ser ciega para saber cómo y hacia dónde va.

El imperialismo, llevó en su cartera de negocios no solo las recetas para la explotación de los pueblos, sino también un diseño geopolítico de sojuzgamiento que incluyó desde la devastación de los recursos de los países, apropiándose los, hasta el genocidio.

Así fue que, desde hace siglos, se llegó a instalar, como parte de la naturaleza del accionar político y con total impunidad, el crimen como uno de sus instrumentos. El gobierno, cuya misión exclusiva es *administrar el Estado*, se arrogó el carácter de dueño y señor de la vida de los ciudadanos, credencial que nunca le refrendó pueblo alguno.

En uno u otro caso (en el primero por irremediable, ante la falta de inteligentes soluciones pacíficas, y en el otro por la bastardía de sus propósitos) la beligerancia sigue siendo una muestra irreductible de la matemática

artera del poder. Porque no hay pueblo que elija vivir en guerra a menos que se vea impelido a ella para obtener su liberación.

Ante los fallidos intentos de desencadenar una contienda nuclear —propósito que claudicó ante la evidencia de que al desatarse exterminaría tanto a una como a la otra parte— la manutención de la industria armamentística optó por provocar conflictos regionales que le aseguraran, sobre todo en los países del tercer mundo, sus poderosos ingresos. Lo que es peor tratando, como es el caso de los países árabes, de refflotar guerras religiosas que, como sabemos, fueron históricamente las más terribles y cruentas.

Luego de las infatigables luchas por conquistar su independencia, América Latina, con sus endeble democracias, tuvo que soportar esas agresiones directamente provocadas, o bien fraguadas entre bambalinas, por el imperio. Ante ello la gente tuvo que levantarse en armas. Desde la revolución de Pancho Villa en México, Cuba, Nicaragua, hasta los grupos guerrilleros que actúan todavía en parte de su territorio.

Todos esos movimientos con mayor o menor extensión produjeron, al sumarse, una toma de conciencia de la gente frente a la prepotencia extranjera. En algunos casos como en la gesta de Cuba, hija de la memoria libertadora de Martí, la revolución, con sus aciertos y sus errores, fue y es un bastión ante la avidez de los

Estados Unidos. Fidel Castro será juzgado por la historia, es cierto, lo que no se puede negar, como decía el escritor argentino Pedro González, es que hizo de Cuba una nación.

La lucha de Nicaragua, con todo el costo de vidas humanas que significó, tal vez haya servido para que nunca más un campesino sea humillado o explotado creyendo que el patrón es intocable. La conciencia de la muerte evitó la muerte de la conciencia.

La lucha que se llevó a cabo para la recuperación de las democracias en el Cono Sur, tras la alevosía homicida de las dictaduras militares, cerró para siempre la posibilidad de que las fuerzas armadas usurparan, con sus golpes de estado, la voluntad soberana de sus habitantes. Logros importantes que, de no existir la arbitrariedad del poder, no hubieran costado tantas vidas.

El proyecto de una transformación total, como vemos, se cumplió SOLO en partes. Los principios se convirtieron en fines. El paradigma en objetivo a merced del tiempo político y sus aviesas estrategias. Ni siquiera el de la Revolución Francesa, reivindicando la libertad, fraternidad e igualdad para todos, pudo concretarse todavía. Tal vez porque esos valores, por ser abstractos, sirvieron de comodín enmascarando el discurso de los grupos dominantes. Hay que llevarlos a un plano concreto y, como preconizaba el pensador italiano Toni

Negri, suplantando igualdad por solidaridad y libertad por creatividad.

El mundo ha cambiado. La tecnología eliminó las concentraciones obreras y campesinas, que eran núcleos de resistencia y propagación para sus luchas reivindicativas. El incesante drenaje de sangre tiene más de inmolación valiente que capacidad para revertir el tablero en el que las políticas económicas neoliberales reemplazan a las tropas de ocupación.

El poder internacional no obstante juega a dos puntas: mantiene, como en el caso de los países árabes, la agresión armada para la apropiación de las riquezas de esos pueblos y para la gula letal de la industria armamentística y, por la otra, las emboscadas financieras de la usura a los países subdesarrollados y en desarrollo. Maniobra esta que ha llevado a sus propios pueblos a una crisis económica, cuyos límites no se vislumbran por ahora, tal como ocurre con la crisis europea actual, dando al traste con el estado de bienestar propulsado por los gobiernos socialdemócratas de ese continente.

En ambos casos los recursos, en vez de ser destinados a paliar las necesidades de los habitantes, fueron a enriquecer la hidra bancaria y a sus multimillonarios, o bien a dilapidarse en bocas de fuego. Al perder todo sustento moral por obra de una brutalidad sin ambages, el gran poder, desenmascarado, actúa con una impunidad sin disimulo.

Las piezas maestras de ese ajedrez la mueven las naciones o bloques de naciones con mayores recursos. Los peones a ser sacrificados en esa jugada siguen siendo los países más desvalidos: los del África arrasada, muchos de Oriente y Asia, y aquellos de América Latina atados todavía a una dependencia económica y, por ende, política del imperio.

Frente a este panorama emergen una serie de fenómenos que se extienden por todo el globo y que abren diferentes perspectivas sobre nuevas formas de réplica y de organización de la sociedad mundial. Será necesario analizar sus aportes efectivos, prever sus efectos negativos y, en la suma de coincidencias y posibilidades, ir urdiendo la red que, transformándola, pueda preservar a la civilización de este salto al vacío.

HACIA UNA SOCIEDAD HORIZONTAL

Desde hace varios años, con la lentitud propia de las mutaciones, viene extendiéndose a través de distintas organizaciones lo que llamaríamos el protoplasma de una sociedad organizada horizontalmente que actúa, no sobre un proyecto totalizador, sino sobre distintas parcelas de la realidad: ONG, Fundaciones, agrupaciones de base, etc. Trabajan sobre diversas áreas: ecológicas, alfabetización, salud, asistencia social, prevención de la delincuencia, etc.

Si bien muchas de ellas han sido utilizadas, sometidas a la influencia de la política de turno u otras contingencias como las económicas —cuando no utilizadas para la penetración del imperio— los obstáculos para su crecimiento no han podido detener su propagación. Aún falta una organización, llamémosla *neuronal*, que una con conductos de asistencia solidaria a unas con

otras. Apoyos que, preservando la libertad y los objetivos del conjunto, sirvan para facilitar o enriquecer, eventualmente, el accionar de cada una.

Este sembradío de una posible organización futura —con las correcciones que la coyuntura histórica les imponga— a más de expresar la voluntad creativa de sus miembros, de una u otra manera señalan flancos en los cuales la gestión del Estado es nula o insuficiente.

Hasta tanto esa organización horizontal de la sociedad no se concrete plenamente, el papel del Estado seguirá siendo preponderante. Su anhelada extinción preconizada por los anarquistas —que en su primer paso debería llevar a la extinción del poder— y por los comunistas, a través de la dictadura del proletariado, está en nuestros días siendo suplantada —atentando contra las políticas de inclusión social— por los mandatos del mercado internacional y sus chacales financieros. No desmontan el Estado, lo invalidan y lo convierten en una prótesis que sirve solo para la parálisis de los pueblos.

El mercado transita sin banderías ni otro sustento ideológico que el de su propio provecho. Hasta en el mismo Estados Unidos, donde el intento de dotar de cobertura de salud a sus habitantes intenta ser aniquilado por quienes pretenden que la asistencia pública deje de ser un derecho y se convierta en un negocio redituable para los bolsillos privados. De la misma manera que en su tabla de cálculos no aceptan transferir a la

construcción de escuelas, hospitales, bibliotecas, etc, los desmesurados recursos destinados a la industria bélica.

Las respuestas a estas ignominias ya están en la calle: agrupaciones civiles no violentas manifestándose en cumbres paralelas, como *Los Indignados* de Europa, los que luchan contra la destrucción del medioambiente y la proliferación armamentística, o los que catapultaron la Primavera Árabe; todos ellos son como señaló Toni Negri en una de sus conferencias: "...una ontología plural. Un verdadero pluralismo de las luchas que emergen de tradiciones diferentes y expresan diferentes objetivos combinados en una lógica federal y cooperativa, con el fin de crear un modelo de democracia constituyente, en el cual las diferencias sean capaces de integrar y de construir nuevas instituciones —como quería Spinoza, desde abajo, pero con gran potencia efectiva: contra el capital global, contra el biopoder que destruye la tierra y por un acceso a la autogestión de lo común. La próxima etapa de los movimientos consistirá no solo en vivir nuevas relaciones humanas, sino también en participar desde abajo para la construcción de nuevas instituciones. Si hasta aquí hemos construido la 'política de la pluralidad', ahora tenemos que poner en movimiento la 'máquina ontológica' de la pluralidad misma. Una ontología plural de lo político se ha puesto en acción, desde 2011 hasta ahora, en el encuentro y en la recomposición de subjetividades militantes".

Mientras tanto se trata de rehabilitar el rol del Estado en sus funciones —no por obvias menos ejercidas— de servidor del pueblo y, a la vez, revertir el papel omnímodo del mismo en el de administrador, que debería ser su principal función. Una utopía se medirá, vista la magnitud de las deformaciones que lleva sufriendo hasta hoy, pero paulatinamente se abren puertas para un cambio en ese sentido, sobre todo en la gestión de la mayoría de los gobiernos progresistas de Sudamérica.

Entre ellos Venezuela ha hecho la jugada más fuerte y la apuesta más visionaria.

Y fue Hugo Chávez Frías el que se atrevió a seguir soñando.

LA PATRIA GRANDE

Con el viento a favor de una economía en crecimiento y la voluntad de unos gobiernos progresistas de nuestro continente, se van imponiendo —incluso como solución para otros Estados del mundo— una serie de acciones que intentan recuperar para sus pueblos la soberanía económica, cultural y política.

Los gobiernos de Brasil, Argentina, Ecuador, Bolivia, Uruguay y Venezuela, con la participación de Cuba, pusieron la piedra basal para esta transformación que comenzó con el cese de la dependencia con organismos internacionales, verdaderas matrices del neoliberalismo como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Se instrumentaron proyectos destinados a acabar con su gestión usurera, como la creación del Banco del Sur (iniciativa de Chávez que, cuando escribo estas líneas, espera para su concreción definitiva

la aprobación del senado brasileño), cuyos objetivos, además de propender al desarrollo de la región, recuperarán para esta los caudales que durante décadas fueron a parar a las arcas de esos intermediarios.

Sumemos a estos los programas de cooperación para la realización de obras tendientes a lograr la independencia energética del subcontinente y la de las comunicaciones con el lanzamiento de satélites propios, o la creación de agencias internacionales de noticias como Telesur, que develaron a los latinoamericanos una realidad antes sesgada o arteramente oculta por agencias del imperialismo como CNN, entre otras.

La creación del Mercosur, organismo al que acaba de integrarse Venezuela y que aguarda la pronta incorporación de Ecuador y de Bolivia, abre un diagrama nuevo en las relaciones económicas entre los países que lo constituyen y su relación con los otros mercados internacionales, fortaleciendo la economía y el desarrollo regional.

Unasur y los países que integran el ALBA son vigas maestras en la construcción de la unidad de América Latina, que al integrarse comienza a refundar el sueño de San Martín y Bolívar, construyendo un bloque sustentado por la soberanía y la libertad de sus pueblos, que tendrá su expresión más rotunda y sólida en la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (Celac), organismo nacido de la visión continental del líder venezolano.

A las políticas de inclusión social se suman experiencias como las de Venezuela, que ha profundizado la democracia al restituir el poder a las bases con la creación de los Consejos Comunales, cuyo objetivo lo ha puntualizado Juan Barreto Cirpriani en su libro *Poder popular, poder constituyente*: "...las comunidades desarrollen conocimientos sobre gestión financiera y contraloría social, con el objeto de aumentar su autonomía y evaluar la manera de gestionar los recursos, de parte de los organismos e instituciones públicas que lo manejan". Una labor enorme que conllevó y conlleva una urgente tarea de docencia cívica y concientización.

Esta ha sido la iniciativa más radical en nuestro continente para perfeccionar la democracia, y puede significar una puerta para el futuro desarrollo de una organización horizontal de la sociedad, en la que confluyan la acción de la administración con la de los movimientos no gubernamentales ya existentes.

También, en estos países, los derechos humanos, sistemáticamente conculcados por los poderes fácticos o los tiranos de turno, han sido reivindicados como políticas de Estado. Los juicios a los represores de las últimas dictaduras militares, iniciados en la Argentina por el doctor Raúl Alfonsín, y que tuvieron en la frase "*Nunca más*", pronunciada por el fiscal Julio Strassera, un dictamen moral irrevocable, fueron llevados a sus últimas consecuencias por las gestiones de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner y son ya ejemplares

en el derecho internacional, en el que campea todavía la impunidad a los genocidas, amparados por el poder. George W. Bush es uno de ellos., para dar un nefasto y clarísimo ejemplo.

Por primera vez, después de mucho tiempo, se hace visible, por la potencia de esa unidad, la independencia política del continente, donde antes el imperialismo ponía y sacaba gobernantes a su antojo con la compli-cidad vasalla de las clases dominantes y sus secuaces. No obstante, aún quedan residuos retardatarios, como los que provocaron la destitución del presidente Zelaya en Honduras o de Lugo en Paraguay, y aquellos que intentaron subvertir la voluntad popular en Bolivia o destituir a Correa en Ecuador.

No son ya los imperios puntuales, sino toda la re-acción internacional que agrupa tanto a los políticos, los financieros, la prensa alquilona y los popes del mercado neoliberal actuando en contra. La globalización ha di-suelto en su magma informe los rostros de los enemigos de la liberación de nuestros pueblos y no basta para detenerlos la fuerza de nuestros Estados. Es necesario extender esa resistencia a todos los sectores de la civi-lidad para evitar que, ante cualquier cambio fortuito en la dirigencia de estos países, se aborte o vulnere el impulso histórico que, después de tantas postergaciones, nos lleve hacia la unidad de América Latina.

Son variadas las vías para llevar a cabo ese movimiento que, masivamente, pueda tanto rechazar como coartar ese propósito. El primero de ellos es la integración cultural de nuestros pueblos. Si la idea de integración no encarna en todos y cada uno de los latinoamericanos como un horizonte axiológico superador, incluso de las divergencias ideológicas, no habrán fraguado sus cimientos.

La ciudadanía debe comprender que para su propio desarrollo y crecimiento, incluso económico —y en esto incluyo a quienes pueden no tener un talante progresista o poseer rémoras conservadoras— esa unidad los beneficia y, sobre todo, los dignifica como nación.

La cultura, si no eleva los valores, —por ende no cambia la conciencia— es inválida. Por lo contrario, es ánimo y potencia de los pueblos.

Sobre este punto me extenderé en otro capítulo. Por ahora intentaré enunciar algunos instrumentos que ese movimiento podría utilizar para propagarse creativa y efectivamente.

La revolución del conocimiento a través de los nuevos medios de comunicación; la creación de frentes profesionales, artísticos, académicos, obreros, de científicos en apoyo a este proceso integrador; el trazado de corredores culturales en el continente; la recuperación de las culturas insulares y los pueblos originarios; la voz y obra de los latinoamericanos en el exterior; la regionalización

de los cuantiosos réditos de los royalties sobre nuestras industrias culturales, la defensa de nuestro patrimonio cultural e histórico, son algunas de ellas.

Con todo, hay que contar con las vicisitudes que atraviesan las democracias en el mundo, no solo en Latinoamérica, que ponen sobre el tapete su real función y sentido. Como dije en párrafos anteriores, el fracaso de las revoluciones globales y la endebles de los gobiernos democráticos frente al acoso de la globalización neoliberal, exigen, dentro de la actual coyuntura histórica, actuar fortaleciéndonos en este proceso transformador y al mismo tiempo ir abriendo camino hacia un futuro donde hombres y mujeres puedan vivir en libertad, solidariamente, sin que la injusticia los humille ni diferencie.

Eliminando las fronteras entre nuestros pueblos llegará la hora tan esperada en que desaparezcan las fronteras entre todos los pueblos del mundo.

Para que las próximas generaciones vean cumplidos aquellos versos del poeta León Felipe: “El día que los hombres sean libres,/ la política será una canción”.

LAS ARMAS DEL CONOCIMIENTO

Se dice que todavía no se han elaborado propuestas que, a través de la red informática, lleven a promover nuevos proyectos políticos para este siglo, atribulado por las inconsistencias de los viejos sistemas ante los vendavales de la época, que lo han debilitado no solo en su prospectiva, sino también en su imperfecto presente.

Aun así, la informática ha probado su efectividad a la hora de propiciar la convocatoria de la población, cuando se generó el movimiento de los *Indignados* en Europa o en la insurrección en cadena que suscitó la Primavera Árabe. Sobre este fenómeno cabe distinguir una singularidad que habla de las ocultas espoletas que mueven a veces a la historia. Ya la inmolación de los monjes bonzos como la de los mártires islamitas había perdido su fuerza simbólica, sea porque su repetición le quitaba excepcionalidad, o por la indiferencia cínica

del poder. Hasta que un humilde verdulero tunecino, Mohamed Bouazizi, al prenderse fuego puso en llamas al hasta entonces invulnerable medioevo árabe, provocando un efecto dominó en la región cuyos efectos finales no son visibles todavía.

Si una sola persona, con un gesto absoluto, puede ser la llave que abra una puerta nueva en la civilización, nosotros, que tenemos la voluntad de millones de hombres y mujeres, bien podemos desencadenar y proteger la perdurabilidad del proceso que nos lleve a la unidad de nuestros países.

Aunque el tiempo y el espacio virtual no suplantán el magisterio profundo, la sabiduría de conocer con el cuerpo en el tiempo y espacio real, son, a esta altura, vertebrales en la universalización del conocimiento.

Desde los derechos humanos, pasando por todas las gamas de la cultura, hasta la defensa del planeta frente a sus depredadores, la red contra la mundialización de la economía neoliberal, sus subproductos culturales y su prédica consumista, han universalizado también la conciencia de los hombres. Así, han desnudado las aviesas maniobras del poder, como lo hizo Assange en *Wikileaks*, y han convertido en testigo directo y partícipe activo al individuo hasta entonces inane ante los conflictos que sucedían lejos de su entorno, en otras latitudes del mundo.

Creo que es importante recuperar las observaciones del periodista argentino Juan Bedoian: “En su libro *La edad de las máquinas espirituales*, Ray Kurzweil (un científico estadounidense especializado en computación e inteligencia artificial) se refiere a los cambios de paradigma, es decir, a los profundos cambios de mentalidad en una determinada época. Para Kurzweil, hasta el año 1000 de nuestra era los cambios de paradigmas tardaron miles de años. A partir del año 1000 se requirieron 100 años para cada cambio de paradigma. En el siglo XIX hubo más cambios de paradigmas que en los 900 años previos, y en los primeros 20 años del siglo XX hubo más cambios que en todo el siglo XIX. Kurzweil calcula que durante el siglo XX hubo cambios de paradigmas cada 10 años en promedio y que en el Tercer Milenio, el cambio será mil veces más acelerado que en el siglo anterior. ¿Más datos? La revolución de los instrumentos de la información es tan apabullante que, según estudios de las Naciones Unidas, actualmente se duplica el conocimiento cada 4 días a través de Internet. Ese conocimiento se duplicaba apenas cada 30 años en el siglo XX y en la Era Cristiana no se duplicó hasta el año 1750”.

Es posible pensar entonces que puede no estar muy lejano el día en el que, cambiando el paradigma que sostiene la individualidad del ser humano frente al Todo que lo hace excluyente, frente a la naturaleza

de la que forma parte siendo que es un cúmulo de la misma energía que comprende a todo el universo, se pueda acabar —por inteligencia— con los paradigmas que sustentan la concepción —vertical— del poder, y, por ende, con la dominación de unos sobre otros, entendiendo que el otro y todo lo que nos rodea es una sola entidad, que al agredir al otro me agredo a mí, al atacar la naturaleza me vulnero yo, que este planeta está dentro nuestro como nosotros en él y que nadie puede poseerlo sin desposeerse a sí mismo.

Entonces perdería sustento la idea de la guerra. Y la paz sería permanente e inobjetable.

Un paradigma que la ciencia conoce y que, como se sabe, no fue socializado para no desquiciar ni poner en riesgo a las castas dominantes. Entre ellas las que lucran con la idea de la existencia de Dios que, al parecer, no es otra cosa que la energía buscando su fuente de origen. En nuestro caso, las estrellas de las cuales tenemos, con los añadidos biológicos, la misma composición.

CULTURA E INTEGRACIÓN

Mientras tanto, debemos atender al aquí y ahora en América Latina, para defender la continuidad de este derrotero hacia su soberanía y liberación.

Decía que era necesario aprovechar la red informática para ir tejiendo, desde la civilidad, un gran movimiento de apoyo a este proceso que no debe fiar su crecimiento solo a los Estados. La eventual caída de los gobiernos progresistas debe contar con una base de sustentación en la civilidad, para que no se debilite y tenga fuerza y continuidad el proyecto de la Patria Grande.

Se debería promover la creación de asociaciones que no solo adhieran, sino también señalen aquellos hechos que intenten desvirtuarla. Organizaciones políticas y gremiales de artistas, académicos, profesionales, científicos, obreros, por la integración de América Latina. Y que desde la red promuevan y difundan esta consigna,

hasta que tenga tanta fuerza que se convierta en una columna insoslayable para la construcción política de los gobiernos latinoamericanos.

Con respecto a la cultura, es imprescindible que los Estados creen Polos Regionales de Integración en las áreas de frontera, para restituir el contacto de los pueblos que en ellas concurren (actualmente desgarrados por una balcanización absurda), a la vez que fundar en ellos centros de producción cultural alternativos a los de las metrópolis, instalando así verdaderas usinas creativas para la integración.

Otro tanto debe hacerse diseñando Corredores Culturales con asistencia directa a todos y cada uno de los pueblos del continente, llevando, fomentando y recuperando ese patrimonio vivo en una acción coordinada, fundadora, que revitalice y active como una sola a toda nuestra maravillosa multiplicidad.

Asimismo, los Estados deben menguar las asimetrías que existen entre ellos, radicando en las naciones más desfavorecidas industrias culturales solventadas por el conjunto, cuyos productos serían socializados en toda la región.

Hay que crear en las universidades latinoamericanas la cátedra de Integración Latinoamericana, así como bibliotecas fundamentales —tanto impresas como virtuales— de la cultura de cada país, para que sean distribuidas en las bibliotecas de todas y cada una de

las naciones restantes para el conocimiento y reconocimiento de sus respectivos acervos.

Habría también que llevar a las islas del Caribe la cultura del continente, a la vez que recuperar la de los isleños para fraguarlas en una sola. Se iniciaría de esa forma un proceso de descolonización cultural, sin desatender ni negar los valiosísimos aportes de las islas. Pero es esencial que primero vaya el continente a ofrecer el suyo.

Y hacer otro tanto recuperando la cultura de los latinoamericanos que viven en el exterior.

Debemos instituir el portugués como segunda lengua obligatoria en nuestros planes de educación, a fin de tramar sobre las diferencias de la lengua un caudal común con la cultura de Brasil. Y crear en las islas centros de estudios de esta lengua y del castellano.

Y dar solidez e injerencia real al Parlamento Cultural del Mercosur, o bien transformarlo por ahora en el Parlamento Cultural del Unasur, con un acuerdo especial entre los Estados y solo para estos fines, hasta tanto pueda concretarse el Parlamento Cultural de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe.

Sobre este punto es preciso determinar qué es posible llevar a cabo a corto, mediano y largo plazo. Aún existen países que no han logrado, por sus diferentes realidades —en otros casos por su dependencia económica— participar a fondo del impulso integrador.

Si los bemoles de la política interior impiden prescindir de adhesiones perniciosas como las que imponen por ejemplo los Tratados de Libre Comercio con el imperio, puede la cultura que fluye sin fronteras ir desbrozando el camino hacia una inclusión más decidida en el futuro.

Es el comienzo, pero ese caudal debe cruzar, banda a banda, desde Río Grande hasta Tierra del Fuego.

SOBRE ESTE TRABAJO

La existencia de un mercado común impone, hasta que pueda funcionar en plenitud, tiempos más lentos que los que exige la integración política, cuya acción se manifestó ya a través de Unasur a la hora de cerrar filas frente a los intentos desestabilizadores contra las democracias de la región. La voluntad de los países que la integran se ha definido claramente hacia un destino como unidad en el conjunto, por encima de las particularidades de las respectivas sociedades teniendo en cuenta las coincidencias de su devenir histórico.

Desde la gesta de la independencia, pasando por la instauración de las democracias, que en muchos casos devinieron en guerras fratricidas, las luchas por liberarse de la opresión de los imperios, hasta la progresiva y, hasta ahora, incompleta descolonización, son un tronco

común en la memoria y el desarrollo de estos pueblos jóvenes.

Con esos cimientos crecidos a la sombra de los grandes padres de nuestra América Latina comienza a alzarse, unánime, la arboladura real de este sueño. Cada país parte de sus peculiares experiencias, ya sean revolucionarias o democráticas, o como es el caso de algunas islas, imantadas todavía al poder de sus colonizadores.

Estas páginas intentan ser un modesto aporte a ese proyecto de integración de la Patria Grande que, creo, requiere la urgente participación activa de todos los latinoamericanos para concretarse. El papel de Venezuela como disparador e impulsor de este movimiento sitúa a la nación caribeña en el ojo de este huracán reivindicativo de las magnas aspiraciones de Bolívar y San Martín.

Para ello he tratado de perfilar algunas líneas que ya se muestran vertebrales para su prospectiva, como es el caso de los efectos de la profundización del sistema democrático y su apertura hacia una sociedad horizontal, y a la necesidad perentoria de extender la integración cultural como basamento esencial para la consecución de la integración política.

Parto de una breve aproximación a la historia de Venezuela y a la figura de Hugo Chávez, cuya biografía ya ha sido expuesta con mayor amplitud por él mismo

y otros estudiosos que abordaron, con mayor facundia y precisión el análisis de la Revolución Bolivariana.

Sí me ha servido el haber sido testigo —en los distintos viajes que hice por ese país— de la transformación política y toma de conciencia de ese pueblo, de los aciertos y, también de las dificultades que debieron sortearse, al igual que de las vacilaciones y errores que debieron y deberán corregirse.

Es imposible saber hasta qué punto se consolidará o no en Venezuela este proyecto, jugando a una apuesta tan noble como arriesgada de crear una sociedad sin desigualdades, teniendo que lidiar no solo con los sectores reaccionarios, sino también con los desaciertos internos del mismo movimiento. Sí creo que su aporte es insoslayable y de trascendencia histórica, por lo que tiene de original en muchos aspectos.

Desde su origen, la Revolución Bolivariana transmutó con peculiares características otras experiencias políticas que la antecedieron (la democracia socialista del Chile de Allende, amputada hasta el genocidio, al igual que otras progresistas, por el imperio y sus lacayos nacionales), o reasumiendo el gesto de independencia ante este, bandera irreductible de la Revolución Cubana.

Puede ocurrir que no cuaje en toda su dimensión esta propuesta, ni que se trasplante en todos sus términos en los restantes países del continente, pero es indudable que ha influido e influye en la orientación

de las transformaciones sociales que en ellos comienzan a darse. A su vez, las acciones promovidas por estos van diseñando un nuevo diagrama político que acoga a los sectores hasta ahora más postergados de nuestros pueblos.

A lo largo de este texto relato, en una suerte de entresueño, mis viajes por el territorio venezolano. Hechos de dos miradas: una tratando de aportar un testimonio sobre la realidad social, ajeno a cualquier panegírico ciego, y la otra inundada por la poesía y el alma con que se entregan al caminante los hombres y mujeres de esa tierra.

Potencia y belleza al unísono. Como el Catatumbo, ese relámpago que se alza en los cielos de Maracaibo, sin tregua, desde siglos.

Abriendo el horizonte, cada vez más cercano, de la unidad latinoamericana.

CHÁVEZ EN PERSONA

Era un mediodía con el sol abrasador y abrazador de Caracas en la Feria del Libro de Venezuela, que aquel año se realizaba en homenaje a ese gran poeta de la lengua que es Ramón Palomares.

(A él, como a otros poetas venezolanos, lo conocí a través de Javier Villafañe cuando me encontraba exiliado en España. El famoso poeta y titiritero venía de una larga estancia en Venezuela y me trajo poemas de todos ellos. Así fue que nos hermanamos con escritores como Salvador Garmendia, Carlos Contramaestre, Adriano González León, Caupolicán Ovalles y tantos otros.)

Estábamos allí con los poetas Enrique Hernández D'Jesús y Luis Alberto Crespo, aguardando el acto de inauguración mientras recorríamos los stands donde abría su delta el incontenible caudal de las ediciones

masivas de las editoriales venezolanas, junto a otras venidas del extranjero.

Entonces llegó Chávez.

Por fin iba a conocer a ese hombre que había retado a fuerza de verdades al imperio yanqui y su Nerón de turno, George W. Bush, desenmascarándolo en las Naciones Unidas; a quien había reencarnado en esta época la dormida, pero latente, gesta de Bolívar y San Martín y vivificado con aires nuevos las ideas socialistas en nuestras naciones. Ese llanero que iba por los campos políticos como un remolino, enarbolado por su tierra, con un abrazo abierto y solidario para con los otros pueblos de Latinoamérica .

La gente se agolpó junto a la carpa donde daría su discurso de apertura. Al comenzar su alocución, la interrumpió para que tres o cuatro asistentes —entre los que yo me contaba— pudiéramos, por su indicación, guarecernos en la sombra. Este primer gesto de delicadeza para unos desconocidos, sumado a su brío político, su fervor por la cultura, su conocimiento de la literatura, en los que se revelaba un lector insaciable, y ciertas afirmaciones como la que improvisó, haciendo referencia a la invasión norteamericana en Irak (“¡Nuestros cañones son los libros!”), me fueron descubriendo, en esta primera impresión directa, el poderío de las convicciones que lo llevaban como un frente de tormenta desde la historia a la utopía.

Finalizado el acto, se reunió con nosotros en una conversación que giró sobre el tema de los caballos. Dijo de memoria el nombre de todos los próceres que habían cabalgado luchando por la independencia de América Latina.

Me estrechó la mano. En el suave apretón sentí el hierro que el barinés tenía por dentro y supe que lo sostenía un absoluto: era la grandeza.

LA HISTORIA POLÍTICA

Hugo Chávez Frías, nacido en los llanos de Barinas, heredó el temple bravío de los llaneros que se alzaron durante la guerra de la independencia, desde que en 1818 Bolívar los convocara, junto a su jefe José Antonio Páez, para unir las siete provincias que configuraban la Capitanía General de Venezuela. Finalmente, en 1824, estas pasaron a formar parte de la República de la Gran Colombia, de la que se escindieron en 1830, por influencia de los grupos dominantes, para constituir la República de Venezuela.

De los llanos emergieron los principales caudillos que se levantaron en armas durante las contiendas civiles, intentando controlar el Estado y una economía fundada principalmente en la agricultura para la exportación. Recurso que había perdido fortaleza a causa de las confrontaciones con las oligarquías locales, y por el costo

de las contiendas que se extendieron hasta la Guerra Federal que tuvo lugar entre 1859 y 1863, en la que el sector de la federación triunfó, provocando, pese a su nombre, la centralización del Estado.

Fue otro caudillo, el general Antonio Guzmán Blanco, quien —cito sobre este punto como guía la cronología de la enciclopedia latinoamericana de Clacso, a la que también acudiré más adelante para las precisiones históricas— “realizó un conjunto de reformas administrativas orientadas a la centralización política y administrativa del Estado. Otorgó concesiones y monopolios lucrativos a los gobernadores, buscando doblegar a los caudillos regionales y armonizarlos con el gobierno central. Cambió, mediante una reforma constitucional, el sistema electoral, estableciendo el sufragio indirecto, con el objetivo de dar poder a los gobernadores en el Consejo Federal para elegir el presidente. Redujo el número de estados de veinte a nueve y el período presidencial de cuatro a dos años. Decretó el matrimonio civil y la educación primaria obligatoria. Invirtió en caminos, realizó los primeros censos del país y embelleció Caracas, buscando convertirla en una capital atractiva. En resumen, Guzmán Blanco desarrolló un esfuerzo prolongado de mejora —con Venezuela en el papel de Estado periférico del sistema capitalista—. Después de su gobierno se abrió un período de relativa inestabilidad política que culminaría, a fines del siglo XIX, con el

acceso al poder de una nueva elite, procedente de una de las áreas más remotas y excluidas del territorio: en 1899, entraron en Caracas el general Cipriano Castro y sus tropas, naturales del estado andino de Táchira. Los andinos ocuparon el poder —con distintos programas de gobierno— hasta 1945.”

Entre la gestión de Cipriano Castro y la dictadura de Gómez, que fue de 1907 a 1935, no se produjeron variantes significativas en la estructura política. Sí en la economía, cuando en 1922 el descubrimiento del petróleo inundó el destino venezolano. Ocurrió con la irrupción del crudo en una prospección que realizaba la Royal Dutch Shell en el pozo Barroso II de Cabimas, en el estado de Zulia. Los años subsiguientes llevaron a Venezuela al liderazgo exportador de este recurso, a la vez que movilizaron grandes sectores de la población del campo hacia los núcleos urbanos y las zonas petrolíferas.

Desde la muerte de Gómez, que había fortalecido el aparato militar, la participación del pueblo reclamando cambios se intensifica, aunque son conjuradas por las diferentes dictaduras que se arrogaron el destino del país: las del general Eleazar López Contreras, entre 1935 y 1941, y la de Isaías Medina Angarita (1941-1945)

Sucedió a esta última el llamado Trienio Adecó, mediante un golpe militar apoyado por Acción Democrática, cuyo líder Rómulo Betancourt presidía la Junta Revolucionaria que tomó el poder.

Durante ese período se estableció el voto universal para mayores de dieciocho años, a la vez que se elaboró una Constitución que empezaba a esbozar ciertas tendencias democráticas. En 1947 es elegido presidente el escritor Rómulo Gallegos, quien, tras nueve meses al frente del gobierno, sería derrocado por fuerzas militares al mando de su ministro de Defensa. Fue este uno de los pocos episodios en que las fuerzas armadas atentaron contra la voluntad popular, ya que, a lo largo de los años anteriores, su fidelidad a las instituciones y a su pueblo había sido inquebrantable, lo que las diferencia notoriamente de las castas castrenses de otros países latinoamericanos que fueron, salvo honrosas excepciones, instrumentos de las oligarquías autoritarias y de los intereses extranjeros.

Tras una serie de gobiernos autoritarios, esa tendencia se radicalizaría con la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, quien gobernó entre 1952 y 1958, hasta que una alianza de militares y civiles logró expulsarlo del país. La fragilidad de la democracia era ostensible. Rómulo Betancourt, al frente del gobierno que sucedió a Pérez Jiménez, convocó a otras fuerzas políticas, como el partido social cristiano Copei y la Unión Republicana Democrática, que había sido parte del Partido Comunista, al que se excluyó del llamado Pacto de Punto Fijo, fundado en la casa del líder democristiano Rafael Caldera en 1958.

El Partido Comunista pasó a la clandestinidad y a la lucha armada en 1960, al que acompañaron sectores disidentes de AD, que se organizaron bajo las siglas del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), movilizados ante la creciente corrupción y clientelismo del régimen que, por otra parte, tuvo que lidiar paralelamente con la oposición ideológica de sectores de la derecha.

La guerrilla fracasó al convocar para el boicot en las elecciones de 1963. Se había incrementado a partir de entonces la participación del pueblo en las convocatorias democráticas que desembocaron, ya en 1969, en la asunción como presidente de Rafael Caldera, cuyo gobierno duró hasta 1974. Y en su segundo mandato de 1994 a 1998.

Caldera volvería al poder tras la primera gestión de Carlos Andrés Pérez, que se extendió de 1974 hasta 1979. AD y Copei se alternaron al frente del gobierno, y en los últimos años del siglo XX se hizo visible que los réditos del petróleo no alcanzaban para superar la endeblez económica que había postergado a vastos sectores de la población, llevándolos a la pobreza, tanto por las prácticas corruptas como por el costo de las desmedidas inversiones en un macro proyecto de desarrollo industrial.

A ello contribuyeron los mecanismos de refinanciación de las políticas neoliberales internacionales que,

como sabemos, tuvieron en los países periféricos sus más inmediatas víctimas.

Luis Herrera Campins, que estuvo al frente del gobierno entre 1979 y 1984, devaluó el hasta entonces invulnerable bolívar dejando al descubierto la crisis del modelo industrial.

Ya en su segundo mandato, Carlos Andrés Pérez, al fomentar la corrupción entre sus familiares y allegados, a la vez que adhería sin cortapisas a las políticas neoliberales (con la consiguiente exclusión de los capas más desfavorecidas a las que había sometido a una serie de ajustes para enfrentar la crisis), disparó los detonantes para el alzamiento de los pobres y de la clase media venezolana que se concretaría en el llamado *Caracazo*, cuando ya el 87% de la población desaprobaba esa gestión.

El 27 de febrero de 1989 la poblada tomó la ciudad e irrumpió en los supermercados en busca de los productos que les eran inaccesibles, generando un movimiento que fue ferozmente reprimido, dejando un saldo de cuatrocientos muertos y la evidencia de que era urgente la necesidad de un cambio radical, cuyos efectos se harían visibles tiempo después, cuando el entonces teniente coronel Hugo Chávez Frías se alzó en armas contra el régimen.

Este levantamiento tuvo lugar la noche del 3 al 4 de febrero de 1992. Lo retomaré en detalle más adelante, al relatar, desde sus inicios, la participación de Chávez en la política venezolana.

Tras el fracaso de esta insurrección y otra posterior, encabezada por altos oficiales, Carlos Andrés Pérez siguió al frente del gobierno hasta que fue removido del cargo por la Corte Suprema de Justicia, acusado de malversación de fondos y reemplazado por Ramón J. Velázquez hasta que se cumpliera el período constitucional previsto.

Luego asumió Caldera por segunda vez, apoyado por una coalición que eliminaba la alternancia bipartidista vigente hasta entonces, merced a los acuerdos del pacto de Punto Fijo. Muchas fueron las causas que le impidieron hallar una salida que le permitiera estabilizar el país ante la crisis, entre ellas la inconsecuencia ante sus promesas electorales, la caída abrupta del precio del barril de petróleo y la falta de reformas democráticas. Concurrió a ello, también, su persistencia en aplicar políticas neoliberales. Adhirió al Mercosur para paliar la fuerte influencia de los EEUU en la economía venezolana.

Terminó su gestión en 1998.

Era la hora de Chávez.

CRONOLOGÍA DE CHÁVEZ

Hugo Chávez nació el 28 de julio de 1954, en Sabaneta, estado Barinas. Como dije, lo de llanero aguerrido no solo se lo dio su tierra, sino también le viene de familia. Su tatarabuelo, el coronel Pedro Pérez Pérez, fue jefe guerrillero allá por 1840. Y el hijo de este, el famoso Maisanta, el general Pérez Pérez Delgado, se rebeló contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. Maisanta cabalgaba como un guerrero en la leyenda popular, pero en la memoria familiar era considerado un hombre cruel, un cuatrero, un asesino. Chávez lo reivindicó rastreando minuciosa y obsesivamente sus huellas en la historia.

Simón Bolívar, su maestro Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora, que lideró la Revolución Federal de 1858, constituyeron “el árbol de tres raíces” que alimentó, junto a Maisanta, el sueño revolucionario del barinés.

Ingresó a los diecisiete años a la Academia Militar, cuando recién se abría el Programa Andrés Bello para que los militares pudieran cursar carreras universitarias. Chávez, que según sus declaraciones hasta entonces solo aspiraba a ser un campeón de beisbol, optó por las Ciencias Políticas. Comenzó entonces su formación intelectual con el estudio de los grandes teóricos, a la vez que, en las acciones que le tocó participar, fue descubriendo las injusticias y contradicciones de esos enfrentamientos. En 1975, estando en una base antiguerrillera, se tomaron prisioneros a unos campesinos. Al ver que eran torturados, se negó a aceptar esa situación, acción que casi lo lleva a ser juzgado por rebelión y desacato a la autoridad. Vio cómo, en una emboscada, la guerrilla había masacrado a un grupo de soldados sin que estos tuvieran la oportunidad de defenderse.

En una entrevista con el escritor Gabriel García Márquez, cuenta Chávez que se preguntaba: “¿Qué hago aquí? De un lado campesinos vestidos con ropas militares torturan campesinos guerrilleros, y del otro campesinos guerrilleros matan campesinos vestidos de militares. A esta altura, con la guerra terminada, no tiene ningún sentido que se disparen unos a otros”.

Sus lecturas políticas, unidas a un ferviente interés por la literatura, junto a estas reveladoras evidencias, fueron tallando en el barinés una conciencia política que, años después, lo llevaría a fundar con otros compañeros el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200

(MBR-200), con consignas nacionalistas e igualitarias. Sería el MBR 200 la placenta donde se gestó pacientemente la transformación radical de la política venezolana, en medio de muy difíciles contingencias. El proyecto de una base de la unidad cívico-militar para llevarla a cabo germinó con la labor concientizadora de Chávez en cuadros de las Fuerzas Armadas.

Chávez conspiraba en el Ejército. Refiere Modesto Emilio Guerrero en el libro ya citado que “la suya fue una expresión radicalizada dentro del Ejército, pero era la misma angustia política que vivía una parte importante de esa generación. Chávez actuaba por cuenta propia, pero en relación muda y sorda con lo que hacía el resto de los jóvenes que andaban cada vez más incómodos con la corrupción, la represión policial a las universidades, la persecución sindical en las fábricas, la caída del nivel de vida, el debilitamiento del país petrolero”.

Y en otra parte refiere: “La insurrección militar era su hora histórica. Para ella se preparó en forma consciente desde 1979 cuando se ‘rebeló’, creando el Ejército de Liberación del Pueblo de Venezuela (EPLV), o tres años después, cuando juró ante el Samán de Güere y fundó con sus amigos el Ejército Bolivariano 200 (EBR 200)”. Este, a poco, se transformaría en el Movimiento Revolucionario 200.

Fue recién en 1992 que saltaría a la palestra en el levantamiento contra Carlos Andrés Pérez la noche del

3 al 4 de febrero. Lo integraban comandantes, mayores, capitanes y tenientes bajo el nombre de Grupo *Comacate* que intentó, infructuosamente, tomar prisionero al presidente, quien, con el apoyo del resto de las Fuerzas Armadas, pudo dominar el alzamiento del que habían participado tropas de los cuarteles de Caracas, Maracay, Maracaibo y Valencia.

Sin el apoyo de grupos políticos civiles (hay que puntualizar que la Liga Socialista y el Partido Socialista de los Trabajadores —La Chispa fueron lúcidos adherentes) resistieron en Caracas, Maracay y Valencia, hasta que, en un mensaje transmitido por la televisión, Chávez se rindió para evitar más derramamiento de sangre, habiéndose ya producido 47 bajas.

Conjurada la rebelión, su propuesta seguía viva entre la gente que repetía de boca en boca un singular Padre Nuestro:

Chávez nuestro que estás en la cárcel
santificado sea tu golpe.
Venga a nosotros, tu pueblo.
Hágase tu voluntad.
Danos hoy la confianza ya perdida
y no perdones a los traidores.
Sálvanos de tanta corrupción
y líbranos de Carlos Andrés Pérez.
Amén.

La simpatía de la población por los insurrectos se demostró con la ausencia de manifestaciones civiles a favor de Carlos Andrés Pérez, quien, el 27 de noviembre del mismo año tuvo que enfrentar otra insurrección, esta vez de altos mandos de las tres fuerzas, encabezada por el general Francisco Visconti Osorio, jefe de logística del Estado Mayor Conjunto, el contraalmirante Hernán Grüber Odreman y el contraalmirante Luis Cabrera Aguirre.

Aviones procedentes de las bases aéreas del estado Aragua bombardearon el Palacio de Miraflores y una de las sedes de la Dirección de Servicios de Inteligencia y Previsión que funcionaba en el Capitolio. Grupos civiles tomaron una estación de televisión y difundieron una arenga de Chávez, escrita desde la prisión, instando al pueblo a sumarse a la sublevación que fue dominada por las fuerzas leales al gobierno, mientras se sucedían los disturbios y saqueos en otros puntos del país.

La fragilidad del gobierno de Pérez era evidente y concluyó, como referí, con su expulsión de la Presidencia, para dar paso luego de un paréntesis destinado a cumplir con los tiempos del mandato, a las nuevas elecciones que ganaría Rafael Caldera.

Fueron estas acciones las que pusieron en primer plano a Chávez como ideólogo y dirigente de un movimiento tendiente a transformar la sociedad venezolana, como una alternativa más justa e igualitaria frente a la

inequidad y corrupción de los gobiernos que venían sucediéndose.

Hugo Chávez Frías era, con el apoyo de gran parte de las Fuerzas Armadas y con el reconocimiento de su liderazgo por parte de los venezolanos que reclamaban un cambio, la proa de ese nuevo envión histórico. Durante el período que estuvo preso, entregado intensamente a la lectura y a través de contactos con la gente que lo visitaba y abandonado por muchos de los compañeros de insurrección, fue diagramando un plan de acción que preanunciaba su voluntad de rebelarse. Decía: “ Si las clases dominantes no ceden en su empeño antihistórico, la Fuerza Armada bolivariana y el pueblo de Venezuela volveremos a cantar con el huracán”.

Amnistiado en 1994 , preconizaba, junto a otros militares un cambio de la Constitución que, en un principio, tuvo como propósito disolver el Congreso y convocar a una Asamblea Constituyente. Posteriormente, revirtiendo esa estrategia optó por participar en las elecciones que lo llevarían al poder en 1998, cuando con los militantes del Movimiento Bolivariano Revolucionario, convertidos ya en partido político, devinieron en el Movimiento Quinta República.

Alrededor de su proyecto se reunió el llamado Polo Patriótico conformado por organizaciones en su mayoría de izquierda.

Así el joven militar rebelde que en 1992 al rendirse había dicho “Compañeros, lamentablemente, *por ahora*, los objetivos focalizados no fueron alcanzados”, accedía a la Presidencia de la nación en elecciones libres y democráticas, enarbolando una propuesta que transformaría desde las raíces a la sociedad venezolana.

Las urnas cantaron: el 56,4 % de votos válidos para Chávez, casi 17 puntos por encima de Salas Römer, su principal adversario.

Su primera decisión al asumir su mandato fue convocar un referéndum sobre una Asamblea Constituyente, con el objetivo de reformar la Constitución, punto de partida que consideraba indispensable para afrontar los cambios radicales que había proyectado. Los venezolanos lo apoyaron y esa propuesta triunfó en diciembre de 2009. La flamante República Bolivariana de Venezuela comenzaba su nueva andadura con un proceso de profundización de la democracia, al crear los mecanismos que incluían los de la democracia directa junto a los de la representativa. El poder en manos del pueblo dejaba de ser una metáfora, para convertirse en una realidad política. Una reforma sustancial que concitaría el reconocimiento de los progresistas de todo el espectro internacional. Y como era previsible, el alarma entre quienes querían preservar los modelos anteriores que, además de otorgarles el control total del poder, les posibilitaban la inmunidad de sus intereses.

Pero ya en las elecciones de julio del mismo año el apoyo popular al programa de Chávez se demostró imparable al ganar las elecciones legislativas donde las fuerzas políticas que lo apoyaban obtuvieron 122 de los 128 escaños.

Comienza entonces un período de confrontaciones entre los bolivarianos y la oposición que bajo la sigla de Acción Democrática agrupa a empresarios representados por Fedecámaras, los directivos de Pdvsa, partidos como Acción Democrática, Primero Justicia, Copei, Proyecto Venezuela y organizaciones sociales de clase media, además de las sindicales reunidas en la CTV, con el apoyo encarnecido de los dueños de los principales medios de difusión y el explícito —aunque siempre sigiloso— de la iglesia católica. Todos bajo la batuta de los Estados Unidos que intentaba satanizar la Revolución.

Tras ganar, en el 2000, las elecciones de religitimación de poderes con el 59%, el mandato de Chávez se extiende por seis años más, respaldado por la nueva Constitución.

Mientras tanto se agudizan las controversias con las fuerzas políticas que lo apoyaban: el PCV, Patria Para Todos, Movimiento al Socialismo, y otros. Esto, hay que señalarlo, significó un debilitamiento en la solidez del proyecto, al verse este privado de la participación activa de muchos de sus integrantes, que detentaban sobradas credenciales en la lucha contra las dictaduras anteriores.

En 2001 se promulgan 49 leyes destinadas fundamentalmente a recuperar para el país la soberanía sobre recursos fundamentales, entre ellas las principales eran la Ley de Hidrocarburos, la Ley de Tierras y Desarrollo Agrario y la Ley de Pesca. La oposición cerró filas exigiendo su rectificación. El sistema participativo en las tomas de decisiones respecto a la administración y destino de esos recursos fueron consideradas “confiscatorias” y desencadenaron una fuerte reacción en esos sectores que culminaron ese año en una huelga empresaria.

La oposición, ya en el 2002, haría su jugada más temeraria: un golpe de Estado que se consolidaría con la desaparición física del Presidente. Comenzó el 9 de abril, con una huelga de los funcionarios de Pdvsa que se negaban a ser reemplazados por una nueva dirección y contó con el apoyo de la CTV, Fedecámaras y el episcopado. El día siguiente convocaron a una huelga de duración indeterminada a la que apoyaron los partidos de AD.

La oposición salió a la calle masivamente con la consigna de sacar al Presidente del gobierno. Se dirigieron al Palacio de Miraflores donde los partidarios de Chávez se habían reunido para resistir. Fue entonces que francotiradores apostados en el Hotel Edén comenzaron a disparar contra ellos. La violencia continuó dando como resultado 19 muertos y más de doscientos heridos.

Incitados por los medios de comunicación, este fue el detonante que esperaban para el golpe militar. El general Efraín Vázquez Velazco declaró que no acataría las órdenes presidenciales, y luego, el vicealmirante Víctor Ramírez Pérez —que había estado complotando desde meses atrás en New York y Washington— se pronunció en igual sentido.

Chávez, ante las amenazas de bombardeo al palacio, se entregó en las primeras horas del día 12 y fue encarcelado en el Fuerte Tiuna, desde donde lo trasladaron a la base naval en el estado Aragua y, finalmente, a La Orchila, donde —¡Oh, casualidad!— encontraron un avión del Departamento de Estado para trasladarlo a Puerto Rico, sin que descartaran —los cuadros militares y políticos más radicalizados— la posibilidad de asesinarlo.

El empresario Pedro Carmona Estanga anunció que asumiría el poder y disolvería las instituciones. No duró mucho. Una decidida e irrefrenable pueblada dispuesta a todo provocó que el resto de las Fuerzas Armadas se reagruparan en defensa del Presidente derrocado, quien, acusando a los Estados Unidos de estar tras de la intentona golpista, retomó el poder con un discurso conciliatorio dirigido a todos los venezolanos, a las 3:30 del día 14.

Con todo, los intentos por derrocarlo persistirían. En octubre un grupo de militares se atrincheran en una

plaza de Caracas y se declaran en “desobediencia legítima” al Presidente, sin mayores efectos. En diciembre de 2002 los empresarios y gerentes de Pdvsa declaran una huelga que duró tres meses, lo que redujo totalmente la producción de petróleo bajando en un 17,85 el PBI anual.

Finalizó con la toma de control de la empresa por parte del Estado, fortaleciendo la posición de Chávez en su gestión.

En el 2004 se convoca a un referéndum para que el pueblo ratifique su permanencia frente al gobierno y lo gana por un 58% de los votos. En el 2005 aduciendo falta de garantías la oposición se retira de la Asamblea, lo que le da al oficialismo todos los escaños. En el mismo año, en una reunión de la Cumbre de las Américas que tuvo lugar en Mar del Plata, Argentina, la región rechaza ante un George Bush estupefacto el tratado del ALCA, cónclave en el que Chávez y el entonces presidente argentino Néstor Kirchner son principales protagonistas. En esa oportunidad el líder venezolano pronunciaría una de sus frases más sonadas: “Alca , Alca...al carajo!

Al año siguiente se convocan a nuevas elecciones y Chávez vence al candidato de la oposición, Manuel Rosales, con el 62% de los votos contra el 36% de su rival. Durante ese período devolvió al Estado el control sobre los sectores de la telefonía y la energía.

En diciembre de ese año propone una serie de reformas de la Constitución, que es rechazada por los venezolanos con una votación de 50,7 % contra 49,2 %.

En 2007 funda el Partido Socialista Unido de Venezuela con 5 millones de afiliados que llegarían a ser 7 millones en el 2010.

En 2011 triunfa en su propuesta de enmendar la Constitución, instituyendo la reelección ilimitada con un 54,3% contra un 45,6% de los votos.

En el mismo año se declara la enfermedad que habrá de obligarlo a someterse periódicamente a intervenciones quirúrgicas y tratamientos en La Habana durante todo ese año y el siguiente.

El 11 de junio de 2012 inscribe su candidatura para un nuevo período de gobierno, en las que vence el 16 de diciembre al candidato de la oposición, Henrique Capriles, por un 54,42% contra un 44,97% de sufragios.

A finales de ese mismo mes debe retornar a Cuba para someterse a una nueva operación. Antes de partir señala que, en caso de que cualquier impedimento no le permitiera desempeñarse en el cargo, este debería quedar en manos de Nicolás Maduro, su vicepresidente.

Hasta aquí y hasta ahora los pasos más sobresalientes de la cronología de Hugo Chávez Frías al frente de Venezuela, de la Revolución Bolivariana y del Socialismo del Siglo XXI.

UNA ENCRUCIJADA

Octubre-noviembre de 2008. Dos meses determinantes en el ajedrez político venezolano y en el internacional. La caída estrepitosa del capitalismo y de las ideologías neoliberales. El derrumbe del poder financiero mundial cuelga de las ruinas de la especulación inmobiliaria. La economía de los países desarrollados sufre un síncope que habrá de extender su parálisis a todas las naciones. Algunas, como el caso de Venezuela que sacó progresivamente sus reservas de oro de los sótanos neoyorkinos, iniciando una multilateralidad que ahora todos quieren adoptar, se salvan en gran medida de la catástrofe.

En las Naciones Unidas se debate el bloqueo ordenado por Estados Unidos contra Cuba. Por primera vez es abrumadora la mayoría de votos oponiéndose a la voluntad del imperio. Solo dos votos a favor: el del propio Estados Unidos y el de Israel su socio y sosías.

Cuba no es víctima solo de esta ignominia: aún debe soportar en su territorio ese campo de concentración neonazi que es Guantánamo, donde el país del norte tortura para enmascarar sus actos y no desenmascarar su injusticia.

Los corifeos de Wall Street ven cómo se empañan los testículos del toro de la bolsa, esa suerte de bola de cristal (en este caso de bronce) donde cada cifra de los usureros es un patíbulo para los pobres de este mundo.

George W. Bush pide que se inyecten miles de millones de dólares para salvar de la debacle a los bancos. Es inútil, la donación solo redundará en un nuevo botín para los defraudadores. La deuda es impagable, la resurrección supuesta solo enriquece la fuga. Los ciudadanos norteamericanos quedan en la calle, pierden sus casas y, por primera vez, la fe ciega en el sistema.

En Latinoamérica ya se ha reunido antes el Unasur para respaldar a Evo Morales, quien expulsó al embajador norteamericano en Bolivia por intentar fomentar la secesión de los racistas en la media luna del oriente boliviano.

En Venezuela se descubre un complot para asesinar al presidente Chávez. Los conjurados para el magnicidio arguyen que esos planos —puestos al descubierto en sendas grabaciones— no son actuales. Las pruebas demuestran lo contrario.

Se lanza la campaña electoral para las elecciones de gobernadores y alcaldes de Venezuela. Pueblo por pueblo Chávez acompaña a los candidatos de su partido. Chávez se apasiona agitado por una certitud histórica y un brío llanero. Apuesta, muestra sus realizaciones, despótica y a veces canta improvisando coplas con el don poético natural de los hombres del llano .

Entre los candidatos no están todos los que están ni están todos los que son. En el PSUV, en sus cuadros medios y en algunos cercanos a la conducción se cuaja —unos dicen que por indolencia, otros por la penetración de una derecha endógena o de una izquierda jurásica— el fervor de cambio que tanto se manifiesta en las bases. La pregunta es si Chávez quiere hacer de su partido un movimiento multisectorial parecido al peronismo y si para ello es necesario segar la acción de adherentes políticos con tácticas y estrategias más inflexibles.

Pero él insiste en el camino hacia el Socialismo del Siglo XXI. Una apuesta inesperada teniendo en cuenta la deflación de la idea socialista luego de experiencias como la de la Unión Soviética que desvirtuaron sus verdaderos objetivos. Chávez la reinstaura libre de cerrojos dogmáticos, de burocracias paralizadoras. El mismo, contra las estructuras caducas de su propio país, inventó las 16 Misiones asistiendo las necesidades de todo

espectro social desde el agro a la cultura, erradicando el analfabetismo y propagando la asistencia médica a toda la población; los Mercales, poniendo al alcance de la gente la subsistencia frente a la especulación de los mercaderes, los planes de vivienda, que le dieron por primera vez un techo digno a miles de venezolanos. Y también trabajó multiplicando las cooperativas que solo entre 2001 y 2006 llegaron a ser 130 mil en todo el país.

Un socialismo nuevo sustentado por una democracia calificada por los observadores internacionales, por su profundización y transparencia como la más perfecta del mundo y que tiene su banco de prueba en Venezuela, pero que se extiende solidaria al resto de Latinoamérica: entre ellos, a Uruguay, a Cuba y a Argentina, comprándole los bonos de la deuda que luego Kirchner, dando una batalla contra los buitres financieros, habrá de eliminar, liberando a la Argentina de la tutela ladina del Fondo Monetario Internacional.

Mientras tanto en los Estados Unidos triunfa Barak Obama sobre Mc Cain, preanunciando en su plataforma el advenimiento de una nueva era en la política de ese país. Habrá que verlo. Como sabemos, en ese país la escenografía es de los políticos pero son los poderes económicos los dueños del teatro.

¿Una nueva época? En América Latina ya fragua la unidad de sus pueblos. El Mercosur. La Unasur, el

ALBA, la Celac, esa apuesta de Chávez para que nuestros países ejerzan una soberanía real, indeclinable, que suplante a la OEA siempre sumisa a la voz de mando de los Estados Unidos.

Venezuela envía, transportado por un cohete chino, su primer satélite al espacio. Estará a disposición de la integración de nuestros pueblos. Generosidad y visión del líder venezolano.

Ya está allí lleno de nuestras voces, defendiéndolas, en el espacio que ahora brilla, constelando el lomo del Orinoco.

Entresueño

ORINOCO

Este es el delta de la luz, de la selva encandilada por su propia donceller, entregándose al mar en ese río, para que la mar le beba todo el espejismo.

Para llegar a la boca del Orinoco arribo a Puerto Ordaz un escombrado braserío de luces y vapor, donde alzan las fábricas procesadoras de hierro y aluminio. Desde allí iniciaré una travesía que comenzó gracias a una idea de Ramón Medero, director del Centro Nacional del Libro, quien me propuso reunir, a partir de esta primera experiencia, las crónicas de mis viajes por la geografía venezolana.

Rumbo a Tucupita se extiende un llano donde vagan los venados y se oculta el cachicamo (el quirquincho, para nosotros los argentinos). Cruzamos el puente Orinoquia, una obra monumental que inauguraron Lula y Chávez y que permite facilitar las comunicaciones

y el intercambio comercial entre Brasil y Venezuela, con la conciencia de que el desarrollo de las redes viales es crucial para acelerar la integración de nuestros países.

Al llegar a Tambaquito se ve un pequeño barrio donde ahora habitan familias de pueblos originarios, suplantando una casa comunal donde vivían hacinados.

Me recibe Ilisney Orta, una mujer que desde hace años viene trabajando en la región y aportando valiosos estudios sobre las comunidades del Orinoco. Con ella y un grupo integrado por el poeta Edgard Milano, cronista y promotor cultural, César Colón, que está a cargo de la imprenta de la Red de Escritores, y José Rojas, el alegre timonel de la lancha que nos llevará durante varios días por los caños del Orinoco, emprendemos la navegación por ese paisaje alucinado, rumbo al primero de los poblados: Aguaraymuyo.

Allí me entrevisto con un grupo de docentes que imparten clases a los niños de su comunidad en una escuela de la ribera. Maestros entregados a fondo a su tarea en parajes asediados por la selva, trabajando con los pocos recursos que obtienen en esas latitudes alejadas de los centros del progreso.

En las cercanías se alzan las instalaciones algo deterioradas que abandonó hace tiempo una comunidad de religiosos. Estas podrían, me atrevo a sugerir con cauteloso entusiasmo, aprovecharse para levantar un centro cultural que contribuya a acrecentar el memorial de sus

gentes y a preservar y fomentar sus más genuinas expresiones culturales.

En nuestro continente, desde siglos, salvo contadas y fervorosas excepciones, se ha eclipsado, cuándo no, malversado el legado cultural de los pueblos originarios. Su recuperación y preservación en el contexto de un diálogo de sociedades con disímiles realidades no está exento de riesgos.

Con respecto a este punto, Gustavo Pereira, gran poeta venezolano, al referirse al encuentro con la específica cultura de estos pueblos, expresa (*Día Crítico* Num. 0): “Hay algo que tenemos que ver con cuidado. Me refiero al proceso que hemos convenido en llamar de acceso a la cultura. El peligro reside en quedarnos allí, en abrir únicamente las puertas y no abrir en paralelo o al unísono las compuertas de la participación. Corremos los riesgos de empezar a reproducir los elementos de dominación. Mi inquietud es la siguiente: quien abre las puertas, pone las reglas del juego. Entonces debemos tener mucho cuidado con eso.”

En este sentido, las políticas de inclusión que la Revolución Bolivariana ha elaborado para y con los pueblos originarios, parten del reconocimiento como un patrimonio vivo de la nación, de sus particulares culturas. Lesionarlas, tergiversando su espíritu más legítimo, podría significar la pérdida de verdaderos reservorios de conocimiento y sabiduría.

Dice J.M Briceño en su libro *El laberinto de los tres minotauros*: “Cada comunidad era centro de conocimiento, sentimiento y acción con respecto a la naturaleza, al mundo invisible y a las demás. Cada uno era sujeto de su propio devenir vital. No construyeron un nivel superior que conociera, pensara y decidiera por ellas, no hicieron estados, no delegaron su humanidad. ¿Puede decirse lo mismo de Occidente?”

Con esos recaudos en esa y en otras comunidades del delta repartimos gratuitamente libros entre los adultos y los niños del pueblo warao. A lo largo de todo el viaje los vi tomarlos con la silenciosa unción de quien recibe una ofrenda y, luego, como quien se roba un secreto, desaparecer entre los oscuros palafitos que se alzan en las orillas del río.

Esos libros no solo los instruían sobre la memoria del continente, los cambios que se estaban produciendo, sino también sobre sus derechos en una sociedad que hasta ahora los había marginado políticamente, segregándolos como mano de obra barata al alcance de colonos y mercaderes inescrupulosos.

Los waraos (hombres de la canoa) emigraron hasta hacer del Orinoco su casa y de la canoa, la curiara, el objeto principalísimo de su subsistencia. Y así como les llevó por el río en la vida, los lleva hacia la muerte convertida en su ataúd.

En el libro *La cultura warao*, investigación coordinada por Orta y Juan Marot, se señalan otros elementos claves

en la conformación de estos poblados: *el janoko* (la casa del warao; el *jojonoko*, espacio destinado a la celebración de ceremonias religiosas y fiestas y el *jebu a janoko*, una suerte de pequeña casa hecha con palmas de temiche que protege a una piedra del río que encarna al espíritu del Kanobo, abuelo o ser supremo).

Esos janokos aparecen de tanto mientras uno navega el delta. Sin paredes, abiertos a la brisa, como un esqueleto oscuro de la misma selva donde se guarecen. En puntas de pie para que no los toque el Orinoco que viaja hacia el océano, lleno de grandes peces, de cielos y toda la selva con sus pájaros, con todas sus criaturas, hundidos hacia otra dimensión en el reflejo de la corriente. Como si se llevara en una delicada ensoñación el mundo para siempre, entre las sonámbulas plantas acuáticas (la bora) y el laberinto de los manglares.

De ver a esos hombres y mujeres nació este poema titulado *Waraos*, de mi libro *Guarán*, que tal vez cuente con mayor síntesis, aunque no sé si con mayor fortuna, como los he visto:

La canoa lo hizo al warao
palo cavado.
De canoa su estarse yendo
con toda la hondura adentro.
En la penumbra huesuda de los palafitos
sobre la basura ahogada
y el cangrejal vivo.

Su mujer,
con el alma en un hilo, teje
y desteje el delta
para que él regrese
llovido
por las monedas alegres de los arenques
y se duerma, bien profundo,
hasta que le vuelva el hombre.
Es que allí
para ser
hay que hacerse Orinoco.
Légamos
los waraos.
Personas de agua.
Ni memoria dejan,
apenas
las canoas,
sus cunas solas en el río.

Iba junto a la selva cautiva de su propio deseo. La selva arrancando de todos los vacíos su posesión increíble. Alzada por su desnudez, atarantada por su tumulto de muerte y nacimientos, volándose quieta, sepultándose viva y engendrando para que la tierra esperance sus comienzos. Cada hoja caía del no ser, cada liana subía devorando, temible, los exiguos cielos que

llegaban, apenas, a la umbría. Había dentro una batalla: donde la ceiba reinaba, se acobardaban los helechos. Y combatían por llegar el universo pequeño con la insolencia distante del gran universo.

Todas las latitudes temblaban ocultas en las mínimas criaturas: en las arañas que tejían sus constelaciones, en el pájaro, como una esquirola de las estrellas muertas, en las garzas en las que pasa, lejano, el tiempo.

El río iba recordando todo.

Lo que en el Orinoco sucedía era muerte que seguía sucediendo. La selva crecía herida de porvenir, como una adolescente. Y sufría su belleza carnívora. Y cantaba, creyente, bajo la insolación.

No se movía ese inmenso movimiento. No se movía de su lugar peregrino. Donde se iba era la misma, volvía, tanteando, sin alcanzar el cuerpo que había perdido, igual que esos hombres a los que no los deja vivir en paz su propio muerto.

El río tenía la culpa. El río tenía el espejo. La selva vivía simultánea con su propio paraíso. Se sembraba sin saber quién era. Se ajusticiaba, sintiéndose enorme y sin haberse visto. Como una bestia que tuviera de cuerpo su perfume y su extensión en el sonido.

Qué más iba a ser el hombre en esa combustión que no sea sombra furtiva o sentido convicto. Cómo ser solo uno en ese mundo donde la multiplicidad le arrancaba la persona y la apariencia, donde todo era semejanza pordioseando semejanza.

Qué podía hacer cualquier intento civilizatorio contra la imprecisión magnífica que disolvía a una criatura en otra, a un muerto en un dios, a un dios en una piedra, incontenibles.

Pero los hombres todavía creen que pueden apartarse de esa combustión. La subsistencia y la soberbia de creerse aparte —son creyentes porque no duran— les hizo trazar campos rigurosos, metódicamente ficticios donde hacer memoria de su extinción.

Saben que la selva los deja hacer mientras ella crece, interminable, de devorar sus criaturas. No se libra ni una, solo ella, entera, —si es que la dejan— puede salvarse.

Instantáneos y a la vez antiguos, los hombres suelen reconocerse y reunirse. Como el fractal de la hoja que dentro de la hoja persiste, invisible.

Se parecen, solo se parecen. Pero mientras tarde la desaparición creen que creen. Un día el tiempo los reúne. Y se miran y se eligen. Y en el hijo que les nace se miran y se sueñan iguales. Pero, como a los árboles, las ramas que sostienen los han abandonado. Todo es cuestión de presente. Se unen para no irse, se arraigan para recordarse.

Estas casi imperceptibles, intocables, comunidades guardan en su lenguaje una palabra para cada una de las llaves que abren las puertas de ese mundo tan veraz como inasible donde ven irse la vida.

La época, sin embargo, los ha puesto de frente a otra realidad. Y hay que hacerse a la tarea. Poner los pies en la tierra que son ellos mismos y no les pertenece.

Esa delicada labor está en manos de la Revolución Bolivariana, que les dio ciudadanía, representación parlamentaria y medios audiovisuales (radios, canales de televisión) para que se expresaran en su lengua. Y no puede sustentarse sino es con una persistencia sin claudicaciones. La inclusión de estos pueblos en un horizonte que no por justo y bienintencionado deja de ser impreciso, exige, también, una continua revisión de las acciones que aseguren, tanto su positiva participación en las propuestas revolucionarias como la preservación de su acervo ante la mutaciones, no siempre positivas, de la política.

Para dar un ejemplo: en una de esas comunidades asisto a una reunión en la que se nos pone en conocimiento que un Consejo Comunal recientemente fundado se había disuelto.

Movido tanto por las ganas de contribuir en algo, como por una innata imprudencia que me hacía olvidar que era extranjero- y que reiteré muchas veces ante la paciente hospitalidad de mis amigos venezolanos- intenté esgrimir argumentos para que se la refundara. Los allí presentes hicieron de escucharme con una educación a prueba de balas y de intrusos. La decepción mandaba. Una vez más, como en otros ámbitos ocurriría, algunos aislados estamentos medios de la jerarquía política, por las razones que fueran, cortaban la correa de transmisión de las comunas con el resto de la organización social esforzada por crearlas.

El Orinoco nos volvía a llevar con el atardecer que lo ensangrentaba hasta la noche donde la selva acampaba como otro firmamento mudo bajo las estrellas.

En Aguarabisi nos alojamos en la casa generosa de don Francisco Volcane, donde el río habla solo, como si se desconociera. Allí conocí a Luis Acosta, un artista que desde hace años pinta los paisajes del Orinoco. Él me contó mucho de los trasmundos del río. De sus apariciones y leyendas.

Después de otra jornada de navegación distribuyendo libros (a ese punto yo ya me quería inscribir como capitán de la Librería Flotante del Orinoco), atracamos en Guayo, un poblado al que se llega entre los saludos adormilados de los waraos que cuelgan como frutos en los chinchorros y donde se centra parte de la magnífica cestería de la zona. Nos alojamos en casa de don Aníbal Millán quien vio cómo estragaba yo su provisión de anzuelos tratando de demostrar, infructuosamente, mis menguadas dotes de pescador.

Terminada la travesía arribamos a Curiapo, el pueblo más importante de la región. Desde allí a Morajana y Curiaca desde donde se puede ir a la Guayana, Guyana y Surinam. Una larga acera flanqueada por el liviano caserío y algunos comercios lo recorre en ambas orillas del río. Tiene algo extremo como de cobijo de viejos aventureros, con la intemperie bandolera de los pueblos de frontera.

Atrás quedaba el Orinoco, legendario. Volvería a verlo años después.

ARAYA METAFÍSICA

Acompañados por Amaru Araujo, poeta que oficia de guía del Festival Mundial de Poesía, el poeta brasileño Vicente Franz Cecim y yo viajamos a Cumaná. Vamos al Puerto de los Tapaitos para cruzar en lancha a Marianare. El camino que nos lleva a la vera del golfo de orillas altas y áridas se abre escoltado de tanto en tanto por los ueros de playa cuyas hojas ampulosas se agitan con una voluptuosidad excesiva y deforme.

En el embarcadero los alcatraces golpean el agua, hambrientos. Una mezcla de cisnes iracundos y de herramientas, escandalizada por su extraña metamorfosis. En las cercanías los pescadores alzan sus redes ilusionadas, mientras un perro bebe agua salada al mismo ritmo de la música caribeña que amenaza con destartalar el puerto a golpes de percusión.

En la lancha, felices, sin saber que vamos sobre cuatro mil metros de profundidad, viajamos ajenos al suspenso

que ha silenciado a los otros pasajeros. Un hombre, duerme abrazado a su cuatro como si no quisiera que se le vaya la noche que lo ha amanecido. A mis pies, en una caja de cuatro colores, rígidos y mudos, cuatro gallos de riña navegan, sin saber, hacia la muerte o la victoria.

Desembarcamos en Maricuaró donde nos esperan, cordiales, Eloy Bermúdez, Modesto Gómez y Manuel Meneses junto a jóvenes poetas de la zona.

En el paisaje manda el yaque, primo hermano del algarrobo, arañando el viento y los camagüeyes, verdes como serpientes, junto a un mar blanco, casi difunto por la sal, tanteando, como un ciego, la costa.

Y llegamos a Araya, a una posada donde en una sola milagrería se desarman los colores en una jaula de cotorras y se petrifican en la Virgen del Agua Santa y la constelada Virgen de la Rosa Mística.

En Haria, así se escribía originariamente, de la que ya se tenían noticias en el tercer viaje de Colón, pernoctó Humboldt. La describe desolada junto a las ruinas de una iglesia y unas pocas chozas habitadas por indios y negros, donde campeaban cabras hermosas y también la víbora cascabel y los jaguares. Su nombre en lengua guaiquerí significa “punta de tierra que sobresale”.

Una inquietante desolación se extiende en sus márgenes, donde los pobladores dejaban dulces en las piedras para que comieran los duendes. “A ellos les gustan —nos cuentan— de ese modo no nos espantan”.

Aún se conservan los obsesivos cañones entre los restos del Fuerte Real, construido en 1625 para contrarrestar el ataque de las naves piratas y que en 1762 fue desmantelado para ahorrarse los gastos de la guarnición.

En él tendrá lugar la Fiesta de la Poesía donde, frente al océano y bajo una luna afantasmada y enorme, ochocientos espectadores asistirán a la hechizada ceremonia de la palabra. La inauguran los niños del lugar recitando sus décimas con la seguridad absoluta de su pertenencia a esos decires. Otros cantan con la apostura y afirmación de hombres enteros. Se me ocurre que en la intensidad de sus raíces, en ese venero de la tierra, de su raza que los temple, está también la fuerza que hace indoblegable a Venezuela.

Al finalizar la fiesta la gente se derrama en una cristalina algarabía. Vicente y yo nos vamos a la playa tocados por una luz inmemorial que lo envuelve todo. Toda la noche escuché a este maravilloso poeta que se desliza casi incorpóreo, intuitivo, entre los misterios del universo con una poesía que flota como un sargazo aéreo sobre el planeta.

Casi amanecía cuando Araya regresó a la tierra.

Para entonces todo el firmamento era sobre el agua sal desconsolada.

FALCÓN ARDIDO

Benito Mieses, poeta y pintor y auscultador incansable de las necesidades y potencias de los pueblos del este estado, con una entrega y hermandad totales, me abre las puertas de este paisaje áspero, inmóvil y ardiente.

Poblado por árboles como el yago o el cují, hechos a la tiranía del sol, aquí nacieron los caquetés, pueblos originarios casi desaparecidos. El criollaje ha tomado su lugar. Y es hora de escucharlo en boca de sus decimeros.

Estamos en Pueblo Nuevo donde se celebra el encuentro de los poetas y los cantores. Estos son Primitivo Goitía y Nicanor Martínez, que acompañados por un cuatro ejecutan a dúo unas décimas satíricas que dan prueba de la destreza del versificador y en las que brilla, afilada, la esgrima crítica contra los poderosos, a sabiendas que el poder es inmune a todo menos al ridículo.

Y es ahí que comenzamos una risueña lid de coplas venezolanas y argentinas de la que participan descendientes de don Ciro Alvarado, afamado decimero de estas tierras. Son ellos Carlos y Anthony Alvarado, este último un severo y entusiasta activista de la cultura.

Después recorremos el pueblo. De vez en cuando pasan por las calles jinetes en unos caballos delgados, desmemoriados, en una marcha hilvanadita. Las casas son pequeñas y se extienden con un tenue calvario bajo el solazo. Muchas tienen murales en los frentes.

Paso por las ruinas de la Funeraria Unión que extrañamente se destruye con la misma corrosión de los ataúdes abandonados. Y por ventas de pescado, que son como cadalsos para esas delicadezas del mar; por fruterías mínimas y calientes, entre los cujíes que saltan las tapias, bandoleros y salvajes, entre cambures enlutándose y las amapolas blancas, con sus flores alumbradas por otra dimensión y los gritos de la guacoa y el fin-fin, pájaros que anuncian la muerte.

Voy a conocer las radios comunitarias. Radio Pueblo y Radio Nuevo Stéreo. Ambas funcionan en el comedor de un hogar modesto al que concurre la gente del barrio, de las comunas y exponen sus ideas, sus críticas, sus aportes. En ellas los niños recitan sus poemas, los mayores cuentan historias y leyendas, allí y hasta en un radio de 50 kilómetros en el caso de estas emisoras, el

hombre de abajo, el venezolano desoído, es dueño del aire, de su libertad y su proclama.

Estas es una de las experiencias más directas de la legación del poder a la voluntad y la expresión del pueblo y es parte de la restauración de una dignidad conculcada por las minorías a los olvidados de Venezuela.

La visita termina en Adícora con Benito y yo en el Pimienta Café cuyo dueño, Emilio Graterol, despierta al mar con su guitarra todos los amaneceres. Hablamos de César Seco, de Antonio Trujillo, poetas de primer agua tan lúcidos y precisos. Y la plática va y vuelve tratando de seguir barajando propuestas para la transformación de Venezuela.

El diálogo es sobre cómo extender estos emprendimientos para que se unan, múltiples y libres las voces de esa gran asamblea popular que sustenta a la revolución. Cómo propagar con imaginación las acciones en todas las áreas y en todo el territorio para tramar creativamente la red que sostenga el impulso de una sociedad con nuevos valores hacia una nueva historia.

HACIA EL PARAÍSO DE LA CRISTALINA

La balcanización cultural de Latinoamérica no solo se da entre los países que la integran, sino también dentro de cada uno de ellos. Las metrópolis tienden a absorber los centros de difusión y producción en esta materia relegando al resto del territorio, sino a la anomia, a un progresivo deterioro de su patrimonio cultural que es, en su mayoría, riquísimo, ya que en cada región, por la variedad geográfica, por la supervivencia de muchas lenguas vigentes de sus pueblos originarios, se cumple una visión del universo irremplazable.

Según una extendida superstición de que la época solo sucede en las grandes ciudades, se desdeñan estos mundos que crecen en un espacio y tiempo singulares. Realidades que engendran también metafísicas distintas a la de los centros urbanos. La diversidad de los referentes simbólicos, la relación de pertenencia y la del

grupo social quedan, cuando no postergados a merced de los subproductos culturales y su estética mediocre, invasiva, violenta y alienante.

Yendo por la geografía venezolana pude constatar cómo se han extendido las acciones tendientes no solo a recuperar esos maravillosos reservorios, sino también a proveerlos de medios para que puedan acrecentar su potencial con el protagonismo directo de sus habitantes, creando en cada pueblo los medios para que puedan expresarse.

Esta vasta tarea emprendida por la revolución era llevada a cabo en años precedentes solo gracias al esfuerzo de sus creadores, con el solo impulso de una pasión sin treguas. Uno de ellos es el poeta Pedro Ruiz, infatigable y minucioso cronista de Aragua y de Trujillo. Es en esta ciudad donde me recibe con una voz tonante de centauro y un abrazo que suelda la amistad que iniciamos en Escuque, reino lírico de Ramón Palomares.

Con él subo por el torrente de verde inmemorial de las montañas lloradoras de Trujillo, hacia su casa en el Páramo de la Cristalina.

Paisajes deslumbrantes como tantos que tiene Venezuela, desconocidos por falta de un macro proyecto de desarrollo turístico para todo el país. Ello devendría en una fuente de ingresos y de mano de obra importantísima que, junto a la creciente industrialización y el petróleo, podría propulsar significativamente la economía nacional.

Al llegar a una cumbre que en realidad es un rincón volador rodeado de cumbres y vacíos, tres niños Wilmar, Marelis y Damaris, nos reciben. Leen poemas, cantan, cuentan cuentos en la Radio Paisana que dirige Pedro Ruiz. En el atardecer, junto al fuego, vemos cómo desaparecen con sus luces las casas hundidas, hasta que se van al firmamento. De esa tierra se nutre la intensa y raigal poesía de Pedro:

Adónde va

—dijeron los baquianos—

tierra no queda.

Duerma, duerma,

no siga buscando.

El paisaje es esto que usted ve.

Todo cuerpo ya fue poseído

y toda tumba es una flor.

Y luego otro poema, tan hermoso como este, y llega Omaira, su mujer, una luchadora sin treguas, y otro poema y otro, hasta que no queda nada de Trujillo, solo esa niebla y la poesía. Abajo, muy abajo, truena solo el río Motatán, desencadenando en un torrente gris, como si hubiera desarmado ciudades que ahora son agua yéndose, solo agua.

LA CANCIÓN DE CARORA

Entre un humo helicoidal de zamuros descendemos de Trujillo y su anillo de niebla en el páramo rumbo a Carora.

En el camino se vende pescado seco y piñas que en esta zona son prenda de fama. La carretera que fue construida por los presos durante la dictadura de Juan Vicente Gómez nos lleva hacia el estado de Lara, entre cañaverales e ingenios azucareros, hasta esta bellísima ciudad colonial que se alza junto al río Morere, suave y silencioso.

Vamos a asistir a la famosa Serenata de Carora de la mano de esa exquisita anfitriona que es Laura Herrera, quien dirige la Casa de la Diversidad Cultural. Esa costumbre casi desaparecida fue recuperada aquí. La llevan de calle en calle, de casa en casa, los cantores, mientras los vecinos agradecen con brindis y convites. Y con unos

obsequios delicados y misteriosos: unas cajitas conteniendo la fotografía de una de las mujeres que fueron de más hermosas del lugar. Una suerte de relicario con un rostro desconocido, como un mensaje de un amor ajeno y remoto.

Los cantores, todos de largo prestigio en la región, se han reunido para homenajear un altísimo maestro de la guitarra, don Alirio Díaz, quien, moreno y enjuto, con sus manos hechas casi de la misma madera que su instrumento, ensaya unos compases de agradecimiento a los serenateros.

Luego asisto a un diálogo entre tres máximos poetas de Venezuela: Ramón Palomares, Gustavo Pereira y Luis Alberto Crespo. El tema es su país. Una lección magistral de la que aprendí mucho. Sobre toda política, hablan de los auténticos fundamentos de su tierra. Hablan como si fuera humana, reconociendo a los hombres por lo que tienen de ella, de sus vehemencias, de sus sueños y sus merecimientos. Y lo hacen con hondura, con la intensidad de quienes se reconocen hechos de su noble e intocable dignidad. Designan todo aquello que deberá defenderla sea el tiempo que fuere, con la sabiduría de quienes, por creadores, saben que es a su espíritu, a su totalidad generosa y libre, a quien deben honrar y responder todos. Para merecerla.

La Casa de la Diversidad Cultural, institución que el gobierno ha creado en cada una de las regiones, quiere

recuperar la memoria de esos pueblos, con la conciencia de que así como toda tradición es una suma de revoluciones, nada resta tanto a una revolución como la pérdida de sus tradiciones.

Una empresa en la que deberían participar con mayor empeño las universidades, muchas de ellas aún siguen atadas a estructuras caducas, falencia que intentan paliar las universidades bolivarianas. Sobre este punto recuerdo el magisterio de la visión de Freddy Castillo Castellanos, una autoridad internacional entre quienes han reflexionado sobre cómo dotar de cualificados y progresistas contenidos a las casas de altos estudios.

Con respecto a la canción popular su rescate me parece imprescindible. De hecho más que urgente en el caso del vasto cancionero venezolano, donde desde hace tiempo, salvo la esforzada labor de unos pocos estudiosos, no se ha recuperado con la amplitud que este requiere.

Es entre melodías que Carora se antigua. Y en la luz de su memoria se amanece.

BARINAS INVISIBLE

La ciudad de Barinas tiene el don de desaparecer de noche, para retornar en la madrugada con sus mercados enfiebridos, sus casas resucitadas por un golpe de sol, sus avenidas desmemoriadas e inmóviles.

Nada reúne en un estilo definido esta arquitectura casual, desangelada, nacida, al parecer, al mandato de circunstancias eventuales más que una planificación urbana coherente. Creció en el llano venezolano al impulso de una próspera agricultura y la abundancia del ganado caballar, en una época asentamiento de algunos pocos nobles. Fue abatida y asolada varias veces al embate de las contiendas civiles y es mentada cuna de poetas.

Es entre poetas y de noche que veré —a furto de esta alquimia inexplicable— reengendrarse a Barinas. Allí está Leonardo Ruiz, memorioso y alegre, que a más de ser un estudioso a fondo del llano, es un profundo

conocedor de toda la geografía venezolana y de sus gentes, y su mujer, Ana María Oviedo Palomares, poeta e incansable activista cultural. También Arnulfo Quinteros, Avilmark Franco, Angel Muñoz Delgado, todos ellos en la casa del poeta Livio Delgado, donde fuimos acogidos durante las horas en que Barinas se vuela de Barinas como un murciélago.

Por la mañana, ambulando por las calles, me muestran una pequeña casa color durazno. Es la de la familia Chávez. El primero en radicarse en esta ciudad fue Adán Chávez, hermano mayor de Hugo. Fue aquí, en la casa del padre de Leonardo, el gran escritor, pensador y antropólogo José Esteban Ruiz Guevara —a quien Chávez recordaba como “un viejo sabio y comunista”— donde el líder bolivariano, tras hacer sus primeras armas con la teoría política, concurría, ya con el envión puesto, a participar de los diálogos que enriquecerían su proyecto. Aportes, que unidos a la tutela de su hermano Adán, fueron hilando, con aportes de distintas teorías, los rasgos que definirían, años después, su propuesta para el país. Fincado en la resurrección del pensamiento de Bolívar y de otros libertadores y de pensadores progresistas de todo el mundo, haría afirmaciones como “no soy marxista ni antimarxista” (a la vez que maduraba, simultáneamente, metas libertarias o proclamaba su admiración por Perón), para reunirlos

en una síntesis que sería la urdimbre de la Revolución Bolivariana y luego del Socialismo del Siglo XXI.

Hijo de una familia humilde, Chávez cursó sus estudios primarios en su Sabaneta natal, merced al esfuerzo de sus padres que eran maestros y de una abuela que lo había criado. Siempre con las mejores calificaciones. Vendía dulces para ayudar a la economía familiar, experiencia que recoge en su libro *Cuentos del arañero*. Los pobladores aún lo recuerdan niño, obsesionado con estudiar todo lo que hubiera sobre la vida y obra de Simón Bolívar. De esa voluntad, del conocimiento en carne propia de la miseria que debía soportar su pueblo, le vendría después la fuerza y el empeño justiciero y solidario.

Fue por ese entonces que comenzó a despuntar en él su vocación por la pintura, que lo llevó a cursar estudios en la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad, a los que abandonó en 1968, aunque siguió pintando toda su vida. Y por la poesía, cuyo primer fruto fue un poema dedicado a la muerte de su abuela que escribió en 1980.

Barinas lo había impresionado en su infancia. En el libro de Ignacio Ramonet *Hugo Chávez: Mi primera vida*, cuenta: “Bolívar pasó por Barinas en 1813... Consiguió un pequeño ejército y se vino por los Andes, por caminos de montañas, bajó por Portuguesa y halló en Barinas alimentos, agua, fábricas de uniformes y

ropa para las tropas, fábricas de armamentos, fábricas de fusiles, de bayonetas, caballería, ganado para alimentar a su ejército, maíz, avituallamiento; en fin, todo lo que la logística de un ejército en campaña... La ciudad, aunque era un pueblo grande, muy rural y apacible, tenía un pasado glorioso, y eso se notaba”.

De épicas en épicas, Barinas aparecía y desaparecía por las puertas de la historia. Esta vez las había abierto para ese niño que cambiaría el futuro de Venezuela.

CALDERA, PUEBLO DE FUGITIVOS

A la mañana dejamos esta ciudad para partir hacia Caldera, ascendiendo por la selva alta, helechosa, alumbrada por las flores del ave del paraíso y el bastón del emperador, entre el rugido desbocado y marmóreo el río Santo Domingo.

En el camino nos detenemos en Altamira de Cáceres, un pueblo pequeño coronado por una iglesia lila, donde se fundó por primera vez Barinas en 1577, y hacemos un alto en la casa de doña Chepa Montilla, que nos acoge con el antiguo señorío provinciano de ese lugar que dura en un pasado remansado y sombroso.

En Caldera, junto al río azul que lleva su nombre, entre castaños añosos y el canto del Diostedé, un pajarito rojinegro y benefactor, se alza este caserío que levantaron fugitivos hombres sin nada y sin nadie.

El poeta y narrador Orlando Araujo lo cuenta: “Nadie llegaba allí por el placer de viajar y nadie se quedaba. Por

aquel camino tortuoso de jornadas agotadoras se descolgaban trujillanos y merideños que por alguna razón no podían seguir en Mérida o en Trujillo. Llegaban sin nada, los pies cubiertos por el barro. Llevaban un hacha, un machete, un perro, una mujer a veces, y a veces ni mujer, ni perro, ni hacha. Pedían posada y los que habían llegado antes les daban posada y comida. Nadie preguntaba al recién llegado quién era ni de dónde venía. Este daba un nombre cualquiera, cortaba leña, buscaba agua, ayudaba en algo. Un buen día se iba al monte, rozaba un rastrojo, sembraba maíz y yuca, levantaba cuatro horcones, ponía techo de palma y paredes de bahareque, buscaba mujer y ya era una familia más en aquella colonia de gente silenciosa. De vez en cuando caía por allí una comisión armada, pero en las casas solo estaban las mujeres, los niños y algunos ancianos. No, nadie conocía los nombres que la lista mencionaba, Podían estar seguros de que allí no vivían. Eran dos y tres días de monte. La comisión se iba y los hombres regresaban. La vida era pacífica, alterada solo por noches de aguardiente y puñalada, sin que se cobraran ni pagaran muertes, porque allí no había autoridad constituida, ni nadie estaba interesado en constituirla. Aquel era un lugar de refugio.”

Un pueblo entero fundado por convictos. Una muestra de esa realidad exacerbada y alucinante de Venezuela, como la enigmática montaña de Sorte, que está llena de brujos y nigromantes.

GRAN-TITIRITERO-GRAN

De Barinas a Guanare ponen en los árboles, a la orilla de la ruta, banderitas rojas para indicar que allí viven simpatizantes chavistas. Será porque entre el río Masparro, lento y leonado, y el río Boconó, abierto y luminoso, está Sabaneta, el pueblo de Chávez. En Guanaré alguna vez alguien recordará que allí vivió Eduardo Di Mauro, gran maestro del teatro de títeres reconocido en todo el mundo, no solo por sus actuaciones, sino también por su labor en promover y difundir con una irrenunciable conciencia social ese arte en toda Latinoamérica.

Allí, en ese pueblo arracimado, ha levantado a puro pulmón un teatro, una biblioteca del género única en todo el continente, un archivo, salas de discusión ideológica, de ensayos y hasta departamentos para los titiriteros itinerantes que invitan para que actúen en toda Venezuela y otros países del continente.

Él y su hermano gemelo Héctor construyeron su primer teatrino siendo adolescentes, en Córdoba, Argentina. Desde entonces, con su teatro La Pareja trabajaron sin tregua, fundando escuelas, formando grupos, dignificando la profesión, como le gusta recalcar a este hombre magro, ágil que a sus 80 años lucha con el mismo fervor de sus años mozos.

Lo visitamos con Leonardo Ruiz. Hablamos del poder de convocatoria del teatro de títeres, de cómo en cada función se puede distribuir material de prevención sanitaria, de protección del medio ambiente.

También acordamos en que sería importante convocar allí a los promotores culturales para que se pueda reproducir en cada región esta experiencia, sus métodos de enseñanza y de incentivación cultural. De esta manera se contribuiría en recuperar para el país este patrimonio que es el Teatro Tempo con todo su valioso memorial.

Distinguido en muchos países, este Maese solo pide tiempo para seguir trabajando. “Me entusiasmo tanto que a veces solo duermo cuatro horas”, nos dice. Después se levanta y nos despide.

Se arremanga.

Es hora de que salga el Diablo.

LEJANÍAS DE LOS LLANOS

Los llanos venezolanos tienen una distancia en la tierra y otra en la leyenda. Y es que recién cuando es cantada y contada, cuando es nombrada en cada arbolito, en cada bicho con todas sus desolaciones y prodigios toma posesión de sí y entra a la memoria de los pueblos. Así como Faulkner con el Mississippi, Rulfo con Comala, Jorge Amado con Bahía, en este caso fueron Rómulo Gallegos con *Doña Bárbara* y Alvaro Torrealba con *Florentino y el diablo* los que le dieron mito en la literatura. Y el criollaje llanero, su bravura, en la historia.

Partimos de Barinas rumbo a Apure entre los árboles de teca y sus hojas asombradas. Al poco andar ya se ven los primeros cebúes y los brahmán blancos que caracterizan su ganadería y, de tanto en tanto, espejos de agua donde se siembra la cachama (el pacú para los

argentinos), ese pez que parece un hachón de hierro cuya carne sabe a cochinillo.

Cerca, se divisa entre platanales y mangos el antiguo puerto fluvial de Barinas y el río Santo Domingo, yéndose pensativo entre una bandada blanca de garzas paletas. Este tramo del viaje lo hago acompañado por Leonardo Ruiz y Pedro Ruiz —gracias al apoyo de la Red de Escritores de Venezuela— quienes me irán descubriendo hasta el último detalle los secretos de esa llanura. De tanto en tanto se ven elevaciones del terreno que son montículos funerarios consistentes en dos hemisferios superpuestos, estructura que ya había intuido Humboldt al pasar por estas latitudes.

Hay también calzadas de tierra y piedra entre las cuales corrían cursos de agua construidos por los jirajaras, caquetés o huamonteyes, todos pueblos de la familia de los arawakos.

Hace cincuenta años se extendían en esta zona bosques tupidos de los que sobreviven algunos samanes imponentes y sombreadores, entre otras pocas especies. Los palmares anuncian que por allí corre el río Masparro, ladino, con la furia escondida dentro de su corriente. Delante nuestro traquetea con su carga un chicharronero, vendedor de todo.

Por lo general de origen árabe, buhonero y trashumante como fueron sus antecesores en el oficio, solo que aquellos viajaban por los ríos. Tenían fama de estar

llenos de compadres en esos parajes por ser progenitores de cuantos hijos que ni se sabe.

Entramos al llano bajo que se extiende a dos metros bajo el nivel del mar. Por aquí se localizaba el T02, teatro de operaciones contra la guerrilla en la IV República, durante los gobiernos de Betancourt, Leoni, Caldera y Carlos Andrés Pérez.

El estado Apure, según explica Arquis Méndez Echenique, uno de sus más fecundos cronistas, ocupa “75.000 kilómetros cuadrados, desde las estribaciones andinas (Páramo de Tamá hasta el Orinoco), con un relieve que en contados casos supera los 200 metros de altitud, llenos de bajíos y bancos (médanos), sabanas cubiertas de vegetación tropófila y gramíneas, palmares, chaparrales, clima tropical húmedo, cruzado de innumerables ríos, cuyos cursos mayores son el Apure, el Arauca, el Capanaro, el Meta y el Orinoco (*Apure y Don Rómulo Gallegos*, ponencia, noviembre 2007). En otro trabajo, *Apureñidad, identidad e idiosincrasia llanera* (diciembre 2007) refiere que poblaban estas tierras los otomacos, yaruros (pumé, guahibos, cuibas jiwí), achaguas (arawakos), chiricoas, tunebos, sálivas, taparitas y guamonteyes, entre otros.

Luego la presencia europea agregaría otro elemento étnico, que sería el blanco, con sus salpicaduras de negritud esclava o fugitiva. El resultado final sería el acrisolado mestizaje que conformaría al llanero apureño.

Ese contacto europeo se dio, por lo menos en Apure, de una manera esporádica en los primeros tiempos de la conquista (siglo XVI), apenas pueden señalarse las incursiones exploratorias de Diego de Ordaz y Gerónimo de Ortal en el Orinoco y el Meta, y las correrías por todo el territorio llanero de los gobernantes alemanes, los Welseres, quienes solo andaban tras el señuelo del Dorado.

El llano es el mismo Apure que lo inunda en invierno y lo verdece el resto del año. El agua se vuelve tierra. Por eso dice el llanero que el coporo cae del cielo. Y es que los potreros quedan llenos de peces.

En tres superficies que se alternan para sostenerlo sucede el llano: el aire, la tierra y el agua. Así uno siente que lo que en el llano lo que es presencia frente al infinito, en la pampa es sensación de la propia ausencia.

No es reino del hombre, sino de las bestias, de los caimanes asoleándose en la orilla de los madrejones morados por las boras florecidas, del garzón soldado, de los ganaes, esas aves zancudas, imperiosas, y también de la iguana y los chigüires.

De vez en cuando aparecen algunas casas muy reducidas donde un hombre sieste mientras su mujer teje una hamaca. Estas viviendas mezquinas llamadas “soluciones habitacionales” por los gobiernos anteriores, se daban a las jóvenes parejas (ya a los quince años una adolescente era madre de uno o dos niños) y no tenían los mínimos servicios, ni agua, ni luz, ni sanitarios. En

tanto que la Revolución Bolivariana adjudicó a los más humildes, sin costo alguno, miles de casas equipadas con todo (hasta con televisores y bibliotecas) en todo el territorio nacional.

Se ve mucho criollaje descendiente de ingleses y alemanes, muchos protestantes y evangelistas predicando. Pero el llano es sagrado en sí, por poder de su propia prodigiosa aparición. Y si no pagano, a fuerza de inasible, salvaje, animalado. Y de misterioso, como ese árbol que en el caserío La Venganza que ahora atravesamos, se alza, lleno de zamuros, como un presagio.

Leonardo recuerda la copla de Alvaro Torrealba en el enfrentamiento en verso de Florentino y el Diablo:

Zamuros de La Barrosa
del alcornocal de abajo.
Ahora verán, señores,
al Diablo pasar trabajo.

Y baja el Arauca, desmedido, muy cerca de Guasdalito donde pelea la guerrilla colombiana. Y brota otra copla:

Viniendo de Guasdalito
bajan aguas colombianas,
con un guerrillero ahogado
y una garza ensangrentada.

En el Puente Marisela (llamado así por un personaje de Rómulo Gallegos), paramos en una gallera. Hoy no hay riña, afición encarnada en estos lugares, donde la naturaleza se mueve con una subrepticia violencia.

Se ha restituido por un instante la calma en el llano. Un pájaro camina sobre el lomo de un caimancito somnoliento (aquí se llaman babillas). En un madrejón cercano un potro patea la lama verde para poder beber, buscando el otro llano clandestino en el agua, mientras riel a la luz que vino a llevarlo a sus infinitos.

Estos son los espacios de Doña Bárbara, cuyo personaje real era una mujer tosca, fuerte y aindiada que se supo llamar Francisca Vázquez de Carrillo. La tumba de Pancha Vázquez, dicen que fue violada buscando los muchos reales que escondía.

Manuel Abrizu, recupera en uno de sus trabajos, unos versos que en su tumba rezan como epitafio:

Del río nacida
y por el río ignorada,
crisálida plegó sus alas
y cerró sus ojos
antes que el sol
la ayudara a nacer.

En estos tremedales, entre los moriches (palmeras de cuyas fibras se hacen los chinchorros), cerca de los caños caimaneros y entre las vainas pesadas de los carutales, transcurren los llaneros serenos, silenciosos, adustos, con ese don que tienen los hombres de callado coraje, de honor reservado y, cuando cuadra, de suelta alegría, sin perder la sombra ni la bizarría.

Van desapareciendo los jinetes, a veces se ve alguno cabalgando detrás de su ganado hacia las galerías del Orinoco, formaciones de pura piedra que escoltan el imperio de la Amazonía. Llegamos al borde del Sinaruco y las dificultades de una chalana nos impiden atravesarlo para poder alcanzar el Orinoco que reptaba poderoso a solo treinta kilómetros.

De esos andares por el llano, salió este poema:

Solo a caballo va a tocar la tierra.

El llano a veces es de aire,

otras veces laguna

y más que nada luz.

Esos samanes como lámparas

son anémonas de tiempo.

Hay una sola hora aquí,

siempre final.

Por eso el camino está lleno de matanzas, [de
carnicerías,]

lo que devora
siempre es vertical
el gavián
el zamuro
que sube igual que humo.

El llano está quieto. En un punto.
Como el caimán mirando
extiende su infinitud.

Y ni las aves pueden huir del poniente,
se vuelven parte de un jamás,
tal esas tropas de vacas blancas
que llevan en la carne
su fantasma.

Solo lloviznoso
pierde sus distancias
y ahí, sí, brillan
y son altares
los árboles,

huevos de música,
las garzas en el tremedal,
donde hablan solos los chigüires.

Hasta ellos creen que el llano es campo.
Y no. El llano aguaita dentro del estero.
Él es el ánima del agua.

Ya de vuelta en San Fernando de Apure nos reencontramos con los poetas José Gregorio González, Radhais Ojeda de la Red de Escritores, Octavio Vivas, Carlos Tirao (El Poeta Enamorado) con los que participé en un recital en el que Amaloa Peñalver dijo sus hermosos romances cantando.

Al día siguiente partimos hacia el llano alto. Después en Guárico lo que era lejanía, horizonte y cielo bebiéndose en el espejismo, se espesa de morichales foscos, quietos. La llanura se embrama de árboles para volver a derramarse en lentas lomadas hasta casi llegar a San Juan de los Morros, a sus arrecifes verdes y aguilosos, jóvenes, gozosos del espacio.

Y aparece Villa de Cura. “Todo esto es mío, lo conozco palmo a palmo”, dice Pedro Ruiz, que develó casa por casa, hombre por hombre, la vida y la historia de Aragua, cuyos valles poblados de cañaverales pertenecieron en un tiempo a la familia de Simón Bolívar.

Es Villa de Cura una ciudad pequeña de casa coloniales con balcones de metal, casi palco de teatro de los que brotan, amilagrándolos, sus mujeres bellísimas. Cerca duerme, brillando, la laguna de Tacarigua, pueblo joven crecido de la vertiente de las poblaciones originarias que habitaban junto al lago y de cuya presencia datan testimonios desde 1547.

Nos cuenta Modesto Emilio Guerrero, en su libro *Chávez el hombre que desafió a la historia*, que en ella surgió como caudillo Ezequiel Zamora, con sus tropas federales y que “en esta estratégica ciudad centralizó su poder la administración más larga y sólida que tuvo Venezuela: la de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, entre 1899, y la muerte del segundo en 1935”. También fue en los cuarteles de Maracay donde se alzaron los insurrectos del 23 de enero de 1958.

En sus barrios pobres y cuarteles, sobre todo en su principal plaza de Aviación, se concentró la resistencia cívico-militar al golpe de Estado del 11 de abril de 2002. El día 13 de abril estaban alistados miles de soldados y civiles para marchar a Caracas. Hora después desembocaría en la insurrección caraqueña que dio al traste con la ridícula “dictadura”, entre la noche del 13 y la madrugada del 14 de abril de 2002. Fue de Maracay desde donde salieron los soldados y oficiales al mando de Hugo Chávez para deponer al presidente Pérez en 1992,

y fue esa la primera plaza tomada por los bolivarianos al mando de Jesús Urdaneta Hernández.

En esta ciudad tuvo su casa Chávez, la que allanaron secuestrando los libros donde el militar rebelde abrevaba por ese entonces las vertientes de su pensamiento revolucionario. Lecturas que habrían de cimentar un estilo libre, de gran poder comunicativo y que tenía antecedentes en aquellas columnas que escribía en el diario *El Nacional* de Barinas y en sus charlas sobre historia en la Academia Militar.

Entre tanto remezón histórico perdura un pueblo de conuqueros y artesanos como lo define Ruiz en su libro *Palo Negro-Ayer y hoy* (*Colección Historias, Caracas, 2006*). Cerramos la travesía en su casa de Maracay, bajo la luna y una lluvia de flores de cedro, escuchando las magníficas guitarras de Efraín Silva y de Rafael Olivero.

El llano quedó atrás, pero no se iba. Era como si por dentro su resplandor interminable nos hubiera detenido.

Y era ley, también, que iba a volver.

HACIA CORO

Hospitalarios como pocos los venezolanos. Así como Pedro Ruiz me albergó en su casa, otros me la entregaron a corazón abierto: Enrique Hernández D'Jesús, Adhely Rivero, Livio Delgado, Ramón Palomares, Gabriel Jiménez Emán, Orlando Pichardo. Sin olvidar los brindis con Luis Alberto Angulo, Hermes Vargas, Reynaldo Pérez So, todos poetas de primer agua. Como Gonzalito Ramírez y Katyuska Loreto, un par de ángeles combativos y soñadores, gente que ha vivido el pulso más inmediato de la revolución, trabajando al lado de Chávez. Pero volvamos a las casas.

Hablaré de algunas de ellas. La de Orlando Pichardo y Magda Sivira, en Barquisimeto, era solo de ellos, hasta que yo les expropié un hermoso divisadero donde de noche devanábamos versos con esta pareja de poetas desmesurados y generosos. Allí, en un muro quedó mi

silueta en carbón, sombra de mi sombra, guardando el palomar donde tantos amigos, a causa de tantos sueños juntos, no pudieron pegar los ojos.

Y la casa del Catire, Enrique Hernández D'Jesús, que es entre todos los catires el más único, irrepetible, catire de Venezuela. Poeta huracanado, enamorado, deslumbrado y deslumbrante es, además, fotógrafo. No quedan casi poetas en la tierra que él no haya retratado (tiene una colección de miles de fotos con versos manuscritos de cada autor, única en el mundo).

En su casa, hurtándole la cama a su hijo Emiliano, di con mis huesos fatigados por las andanzas en su tierra todas las veces que llegué a Venezuela. En realidad nadie sabe dónde empieza y acaba esa morada atarantada de tantos objetos: cuadros, libros, mujeres desnudas encerradas en botellas, cajas que contienen las piezas imaginarias que laberintan la cabeza de ese señor que ríe, que abusa de su generosidad como dice Luis Angel Parra, que oficia de sacerdote, casa a sus cofrades y brinda con los ángeles y el Diablo.

Ama a medio mundo y medio mundo lo ama. Es, además, cocinero, autor del recetario más surrealista y lírico y ha hecho un arte poética del arte culinario que a veces emerge lleno de aromas y sabores entre las páginas de su maravillada marea de poemas, donde él vuela loco e ingrávito.

Asisto a una recepción en la residencia de la embajadora argentina en Venezuela, Alicia Castro, una mujer que puso todo su empeño en su gestión, apoyando las políticas de integración de América Latina, labor que le valió el reconocimiento público por parte de Chávez. Anfitriona impecable, lo invitó al gran guitarrista Juan Falú, quien interpretó piezas del folklore argentino, a la vez que yo lo acompañaba con algunas coplas de nuestro cancionero.

A los pocos días parto de nuevo al estado de Falcón. A la ciudad de Coro, tallada por el tiempo y el solazo.

La colonia sobrevive, amarillenta, en esas casas, en sus iglesias profundas a las que hay que verlas al alba, cuando una luz de infancia la vuelven una aldea de claridades, de patios, olvidándose entre los latidos de las primeras campanas.

Con Benito Miseses, César Seco y el gran William Osuna, abrimos de noche la Casa de la Poesía, hasta que nos alcanzó el amanecer diciendo versos entre sus columnas alunadas.

A esa hora Coro era una melodía blanca, vagabunda. Como las campanadas.

La rodea el desierto. En los médanos —yendo a Adícora— campean embelesados y absolutos los burros que, como en La Rioja de la Argentina (que tiene un paisaje similar) bien podrían ser, como alguna vez se dijo, las flores naturales de la región. Los hay famosos

como el Burro Evaro, capaz de salvar al mundo, según lo cuenta y canta el poeta *Ciro Vargas*.

Hubo una época de hambruna, de peste por aquí. La gente se moría en el camino. De allí este paraje que se llama Animas de Guasare. Dicen que se las oye llorar todavía. Y este otro: Animas de Güira, donde se halló un niño amamantado por su madre muerta.

Almas que le dan a estos parajes algo de volada metafísica, de inminencia, de tiempo irresuelto entre los peregrinos arenales, el sol inmóvil y el viento encerrado.

A ambos lados se extiende el Caribe, sediento de borrar las dos orillas. Por ahora el médano resiste. Me cuentan que las gentes se hunden en las arenas para curar sus huesos con los rayos ultravioletas que creen éstas acumulan.

Ocultas radiaciones, muertos que se lamentan, espacio y tiempo batallando sin lugar en la insolación.

Y el cardón fijo contra el mar en movimiento, mientras todo se yergue y se destruye, infinitamente, en la intemperie.

CHICHIRIVICHE

Como todas las aldeas de pescadores tiene ese arracimamiento desorientado, un desorden de ventolera y agua que desencaja las puertas y bate las ventanas de las pequeñas casas. Así es Chichiriviche, una avenida larga hacia el mar y, a ambos lados, las tiendas con frutos insolados, licorerías y toda la parafernalia de plástico con que se decoran los bañistas.

Hay, también, viejos pescadores sentados, rehilando sus redes mientras fuman un cigarro interminable esperando a los que vuelven con el bote brillante de peces. Y mujeres lentas yendo y viniendo, todas en sus mismos quehaceres en un tiempo inmóvil.

La familia Adimandi me ha cedido gentilmente su casa de veraneo. A una cuadra por una vía de arena se abre el Caribe, lujoso. Una barca me lleva hacia los cayos, un grupo de pequeños islotes apenas arbolados

en los que el mar danza ebrio de transparencias. En uno de ellos una empanadera me dice: “Siempre en la vida, contra todo lo malo, repita el salmo 29 de la biblia”. Y me cuenta cómo ella, de solo mirar, reconoce todas las fuerzas invisibles —las crueles y benéficas— que andan sueltas por el mundo.

En el Cayo Virgen de las Rocas, en una gruta del acantilado a la que accedemos con la lancha, han puesto centenares de imágenes, náufragas allí por la devoción de la gente. Un altar donde escombra la imaginaria entre las hojas oscuras y los grandes raigones de los árboles.

En otra isla se ven grabados en la roca pequeños petroglifos, marcas de antiguos misterios, una zoología simbólica con la memoria y la superstición de los antiguos navegantes.

Al atardecer, Chichiriviche se recluye bajo los flechazos de los pájaros negros alrededor de su laguna donde los tortuosos manglares, ahogados por la basura de sus orillas, cobijan a los cangrejos de ojos azules y a las furtivas iguanas.

Fuera, más allá y hacia el camino que lleva a Caracas, se extiende en grandes espejos de agua donde los flamencos despenan en rosa la eternidad de la tarde.

DESDE VALENCIA AL LLANO

Vuelvo a Valencia invitado por la Universidad de Carabobo al Encuentro de Poesía que organiza Adelhy Rivero, junto a otros poetas abiertos, efusivos y talentosos. Carlos Osorio, Victor Pinto y Lyerka Bonano son los motores de esta reunión que convoca a creadores de todo el mundo, a los que les da la bienvenida la muy ilustre Marisa Gonzalez Febre.

Duermo —es un decir— en el Hotel Ucaima que ya es el albergue de siempre para quienes asisten a estos actos. Al punto que sus empleados han escuchado —hasta el martirio— en boca de los vates la poesía de los cinco continentes.

Valencia se abre, plena, entre imperiales cedros, camorucos, samanes y caobas en los lares de los tacariguas, pueblo originario que le dan el nombre al valle y al lago de Valencia.

Una vez más nos llama el llano. Salimos entre un tumulto de ómnibus coloridos, talleres desvencijados y los clásicos comercios de extramuros con su mercancía abigarrada y sus pregones.

Ya abandonando las afueras damos con el campo de Carabobo, donde se libró la batalla que le dio la independencia a Venezuela. El camino arbolado, sembrado de puestos de venta de cachapas (chicharrón de cerdo), toca el estado Cojedes y pasa junto a un río secreto, el Taguanes, donde Bolívar dio la última arenga a sus tropas antes de entrar en combate.

De allí en más el verde oscuro irá cediendo paso al verde claro, alumbrado, con que se extiende el llano.

Por la carretera del estado Barinas, atardeciendo, entramos a Arizmendi, pago de Adhely, a quien cuanto más se acerca al llano, más se le encarniza la tonada.

Y es que los llaneros hablan con las palabras como agua movidita, contando casos de esos mundos abiertos. Después van recogiendo el tono, el decir festivo se va haciendo íntimo y a ver quién afina el oído para entenderlos, cuando se quedan en silencio con dos o tres palabras cayendo como gotitas, como si le hubiera llegado la sequía al habla.

No se deja olvidar el calor en Arizmendi. Las calles desarmadas y polvorientas junto a un río intenso donde suelen atracar las barcas trayendo panes de queso a un mercado que se alza los fines de semana y que después

desaparece como la música en sus fondas oscuras. Junto a los puestos de pescados, frutas y verduras, el río Guanare suelta criollos recios que vagan buscando arreos en las talabarterías, herramientas y otras mercancías.

Vamos a la casa de Doña Goya Rivero, madre de Adelhy, una señora nonagenaria que se mueve entre su descendencia mandando en silencio con delicado albedrío. Famosa por su temple, Doña Goya. Hasta cuando hubo que ponerle coraje a los embates políticos.

Y conozco a su hermana, dueña de casa, y a sus hermanos Zordy, médico, narrador y cronista de Arizmendi, y a Reynaldo, a quien, según me cuenta Adelhy, por andar cazando chigüires con su escopeta *La Gritona*, esta se le cayó al agua y al ir a rescatarla los caribes (pirañas) le comieron la nariz.

Y de esa otra vuelta cuando la policía le quitó el arma y él fue a reclamarla. El Jefe de Policía le dijo que no, que *La Gritona* se quedaba presa. “Pero mire que tengo cuatro carajitos que darles de comer”. Y el jefe, que no, que aquí se queda. Hasta que, harto, Reynaldo llamó a los cuatro hijitos y los puso frente al hombre. “Y, bueno, aquí se los dejo para que les dé de comer usted”. Y cerró la puerta y se fue. Fue entonces el griterío y el llanto de los chicos. El jefe, al borde de un ataque de nervios, mandó entonces a buscarlo. Y le devolvió los hijos, la responsabilidad... y *La Gritona*.

Fue en esa casa donde salió el tema de que Arizmendi no tenía bandera ni escudo. Sería lindo inventarla, nos dijimos y pergeñamos algunos diseños donde, en el escudo, estaban las babas (caimanes) y el toro y el caballo. En el centro de la bandera, entre una banda verde clara como el llano y otra ámbar como el río, señoreando, un samán. Y para el lema del escudo esta frase: “En el llano empieza el mundo”.

Después, en la plaza donde Leonardo Ruiz y Ana María Oviedo Palomares habían instalado la Feria del Libro, plantamos un pequeño Bosque de la Poesía, una propuesta mía que se repitió en Coro, donde sembraron cien árboles, y en la Isla Margarita otros tantos con el mismo nombre y cuya concreción estuvo a cargo de la escritora y amiga Iris Tocuyo. Para mi agradecido orgullo, uno de esos arbolitos lleva mi nombre.

Desde Arizmendi partimos a remontar el río Igüé con Ana María, Leonardo y Giondelis Montilla, que escribe poesía para niños. Navegamos en una canoa capitaneada por Luis González y su contramaestre José Gregorio Maluenga. En el trayecto nos acompañó como el techo de un templo sobre el curso del agua el vuelo de una multitud de pájaros, de las garzas, los flamencos. En las orillas dormían con un ojo abierto los caimanes que de verlo a Leonardo un tanto voluminoso, se lanzaban de la orilla al paso de la canoa. “Ponete de perfil, que nos

comen”, le digo. “Es que no tengo perfil”, me responde, atribulado, Leonardo.

Guadarrama, donde nació Adelhy, es un caserío exiguo, clarito y suave. En la plaza umbrosa leemos poemas suyos y Giondelis maravilla a los niños que ríen con sus relatos. Después bailan joropos, serios, bien serios, como buenos llaneros.

Junto a la plaza se levanta la iglesia de Santo Tomás, de quien dicen que crece cuando lo sacan en procesión. Crece y no entra a la iglesia si no lo hacen dar otra vuelta. Recién entonces se conforma, se achica y así lo pueden meter en el templo.

Tras almorzar en una de las casas de las esforzadas maestras de Guadarrama, regresamos a Arizmendi. En sus alrededores me dice Juan Antonio Gámez (más conocido como El Gavilán del Rizer), que al hundirse un tractor en la sabana del hatu se encontraron armas de la independencia. Y es que la historia está viva en Arizmendi. Como ese jinete que pasa levantando polvo, el galope antiguo, montado sobre un caballo del porvenir.

De vuelta a Barinas el llano se lanza entre esteros, morichales, caballadas distraídas bajo el adiós de las garzas. Luego de una sucesión de pequeñas fincas nos topamos al río Cojedes que ambula mudo su cobre terroso. A partir de ahí el llano se ondula de serranías, entre campos abiertos con árboles feudales y coposos.

Tras de un asalto de bosque en la serranía, rumbo a oriente, llegamos a Tinaco, un cruce en el centro del país, que tuvo gran importancia en el comercio del siglo XIX.

Atravesamos San Carlos, pueblo entrañable donde junto al poeta Miguel Pérez di un recital. De allí es, también, Isaías Medina López, coplero y recopilador.

A poco andar entramos al estado Portuguesa, mientras se alejan hacia el oeste las estribaciones de la serranía de Pereprima y, hacia el este, el volcán de las lluvias, las últimas del invierno.

Y damos con el río Portuguesa, desanimado, bajando la serranía de Turén, que supo en otra época ser una selva en busca de las aguas que nutrirán el encuentro con los cauces del Guanare, Las Marías, el Morador.

Un doble arcoíris se alza devolviendo la tierra y la tormenta a su leyenda. Giondelis me cuenta que cuando es doble, el arco más alto es el macho y el más bajo la hembra. “Si brillan mucho es que están bravos”, me dice.

En los Andes cuentan que el arcoíris se roba a los niños catires (rubios) y a las mujeres preñadas. Allí nace desde la cabeza de un caballo bebiendo agua.

Casos que ocurren cuando se ensueña Venezuela.

EL ARPA DE AGUA

Seguimos rumbo a Cantón por el llano alto junto al Pedemonte. Esta vez nos acompañan Arnaldo Erazo, novelista, y Jesús Erazo. Hacia el horizonte se abre la llanura crespada de arboledas. Todo este camino será como recorrer el cordaje de un arpa. Cada cuerda un río, tatuando de agua la desmesura venezolana.

Transcurrimos entre unas fincas prolijitas hasta dar con el río Paguey, embelesado y verde. Cerca, en Corbatí, se guardan petroglifos y túmulos funerarios de caquetíos y jirajaras, hasta que arribamos al pie de monte donde el Ande se alza en leves colinas de pesebre.

El camino que transcurre entre tecas anhelosas y cansadas, mangos y cambures, nos lleva al esmeralda río Caraguá, y ahí no más nos topamos con el río La Acequia que se abre paso, gozoso, bajo las altas sombras de los caimitos, entre los bambúes y los rabos de rata.

A la vera de la ruta se venden juguetes y caballitos de madera.

Y siguen en el rumbo los zapotes, los plátanos, los aguacates. De pronto un letrero extraño: “El Señor se ha manifestado frente al pecado por segunda vez”. Y tras la admonición, alcanzamos el río Bum Bum que tiene, ahogados bajo el cauce, secretos petroglifos.

En Socopo damos con la reserva forestal de Sicoporo. Casi 3.000.000 de hectáreas devastadas en los últimos cincuenta años. El desmonte ha disminuido el caudal del río Tipocoro que rielá temblando de ámbar lechoso. Por allí se encuentra Sico, un pueblo que creció con la explotación forestal y, aunque está a 200 kilómetros del límite con Colombia, conserva junto al aluvión de comercios esa intemperie arrancada de los pueblos de frontera. Lo escolta el río Mirí, arcilloso.

Y ya estamos en Macagual (lugar de la macagua, serpiente venenosa). Esta víbora se parece a la liana del bejuco. De allí el refrán que dice: “Al que lo muerde macagua, bejuco le para el pelo”.

Aquí, en estos campos, José Esteban Ruiz Guevara descubrió los sitios rituales de los pueblos originarios.

Y sigue el arpa de agua. Con el río Quiu, transparente y distraído (y sigo yo adjetivando para recordarlos), tras el cual vuelve a verse el llano rumoroso de árboles. Una región que con la infraestructura adecuada puede convertirse en un centro importantísimo de preservación

del patrimonio arqueológico. Aunque hay iniciativas en este sentido, aún no se han llevado a cabo con la dimensión que este emprendimiento requiere.

Los palmerales anuncian que estamos a las puertas de Santa Bárbara, capital del estado de Zamora. A la vera del camino hay tumbas con una iglesita blanca, señalándolas. Y aparece El Yaure, una aldea de pocas casas, escondida entre el vapor de los mangos, vendiendo miel secreta de la oscuridad del fondo.

Para entonces el campo se ha aromado y en las laderas pasta, blanco, el ganado, quieto en su antigüedad.

Más lejos, en Punta de Piedra, cruza el río Caparo, abierto, mientras entramos y salimos del estado de Táchira.

El arpa suena soterrada, espesa y oculta en las aguas del río Suapure, antes de La Pedrera. Desde allí, a 25 kilómetros, está Sarawena, base norteamericana en Colombia, una uña del imperio, al igual que otras en el continente que puedan asegurarle puentes para futuras intervenciones bélicas contra nuestros países. Otro tanto ocurre con la ilegítima usurpación de las Islas Malvinas por Gran Bretaña.

Tras atravesar, por unos pocos kilómetros, el estado de Apure, entre mínimos fondos, ornados con las flores rojas de las cayenas y las hojas alarmadas del ave del paraíso, arribamos a Cantón, junto a su río profundo. Una avenida de árboles se extiende hasta el horizonte.

Y da la sensación de que el pueblo se está yendo, para no volver nunca.

De noche un relámpago interminable alumbra las paredes del cementerio donde han pintado el llano que parece velar los espacios extraños de estas lejanías.

Tras dos días de pernoctar en Cantón, hacemos una incursión hacia la frontera colombiana.

Apenas entramos en el estado de Apure retornan las carnicerías del llano. Las boas y las babas muertas en la carretera.

Es zona del ELN, de los contrabandistas y de los paracos que, con la anuencia tácita del gobierno de Uribe, entran a Venezuela, a ensangrentarla. De hecho, a los pocos días en Barinas se hallaron los cadáveres de veinte venezolanos, gente del pueblo, víctimas de Los Aguilas Negras , así se hacen llamar estas siniestras huestes de la reacción en Colombia.

De vez en cuando entre la fronda del monte, se ven botellas de plástico colgadas de los árboles. Son señales, mensajes que deja esta guerra oculta y silenciada por los medios de difusión del extranjero.

Los controles militares se suceden. De pronto, en un puesto de vigilancia junto al río Sarare, un gendarme me increpa, imperioso, amenazante: “¿En qué trabaja usted?”. Yo, recordando la alta estima que tienen en Venezuela por la poesía, le respondo: “Soy poeta” Fue decirlo y el hombre amansó el tono y cordialísimo,

entusiasmado, dijo: “¡Poeta, poeta! ¡Venga, venga, baje por el costado del puente, mire qué hermoso nadan las toninas!”.

Seguimos rumbo a la frontera. Pasan llaneros colombianos, bien vestidos, peinilla al cinto y descalzos, sin miedo a la mapanare que ahí mismo se la ve cruzar el camino expulsada por las flores blancas de los lirios sabaneros.

El Arauca, el mentado Arauca vibrador, cierra el arpa, bermejo, silente, uniendo y separando a Colombia y Venezuela.

Desde Guazdalito hacia Elorza nos vamos despidiendo ya del llano, junto a una ceja de monte, aromada por el perfume del mastranto. Hasta Barinas. Luego de una corta estancia, parto a Puerto Cabello y desde allí a San Felipe, donde Gabriel Jiménez Emán me espera, como un terremoto alegre.

En lagenerosa casa de Samuel López, me reúno con Ricardo Domínguez, artista plástico, con Traiba Villegas, músico, Arquímedes Arias, operador del Gabinete Cultural. Después conoceré a Luis Zúñiga, excelente novelista y antropólogo con quien planeamos un viaje a la Amazonía ecuatoriana.

Desde allí una escapada a Guama, cercano a San Felipe, un pueblito manso con un río sediento, y otra a Yaritagua, colonial y hermosa, por una carretera atravesada por una columna infinita de trinitarias en flor.

San Felipe se oculta en sus alrededores, entre los árboles inmensos donde se azucaran la martinica y la naranja cajera, mientras los cocuyos le bajan el cielo a sus comarcas.

No lejos se alza la Montaña de Sorte, donde reina, montada sobre una danta, María Lionza. Allí tienen sus cubiles asombrosos los brujos más brujos de Venezuela. Allí fui una vez de noche y me jugué la suerte.

Debo volver. Si María Lionza quiere.

EL CANTAR DEL CATATUMBO

Lo vi de lejos. Alzándose, tronando, quebrándose, devorando los confines. Y devorándose.

Todos los tiempos sucedían en él, simultáneos: los asaltos del futuro, el pasado helicoidal y el presente continuo.

Era el altar y el cadalso de su propio incesante nacimiento.

El Catatumbo se llama ese relámpago que no conoce otra paz y otra guerra que no sea la de su insaciable aparición. Se lo ve en Maracaibo. Se yergue en la cuenca del río Catatumbo y en la cuenca del lago.

Nubes de hasta más de diez kilómetros de altura cocinadas por la cordillera que las ha encerrado, arman este orfeón de la atmósfera.

Solo en Venezuela sucede ese prodigio. La inmensidad cayendo a pique y saltando hacia el cielo como

una inacabable infancia de la tierra. Un cataclismo de la luz, encarnizado y bellissimo, del que ya Lope de Vega hace referencia en su libro *La dragontea*.

Yo, desde el horizonte, divisaba cómo a sus pies volaba el planeta, los cielos se volaban, asustados. Las comarcas huían, avasalladas, ajusticiadas en ese patíbulo del tiempo.

Mientras la esfera iba de la nada a la nada como una leyenda por el universo, el Catatumbo cantaba.

Sesenta descargas por minuto que tenían la energía terrestre y la ira del cielo.

Era un comienzo cada estertor, cada fulgor, la ferocidad de un sueño.

¿Qué sucede allí, qué lección en el cataclismo? Hay quienes dicen que es producto de las emanaciones del metano. Como ocurre con los relámpagos de Saturno, ese pequeño planeta oculto en una gigantesca idea de sí mismo.

Resplandor y apagones somos, dice el Catatumbo. Rayos, frágiles vehemencias, insibles cenizas del firmamento.

Y nadie lo oye.

Hijos de la combustión, no nos reconocemos en la belleza, sino en la destrucción del fuego.

Crías de instantes, somos. Para esas vehementes apariciones canta una canción que saben de memoria los nonatos y los muertos.

Padrastro de nuestra energía, manda de lejos el
Catatumbo.

Miren los resplandores combatiendo, el rayo en
frágil pie de guerra. La guerra del Catatumbo no deja
huérfanos.

Canta.

También para la manada humana.

Con todo el cuerpo.

De mirarlo nació este poema:

CATATUMBO

Embridado a los astros
arranca la altura,
la belleza a los cielos les arranca.
Cuece y descuece
el tiempo,
alarma
el espejo quebradizo de la muerte
y en la misma hecatombe
traza un tigre,
el aluvión de la ballena,
desangra un desierto,
subleva
 cordilleras.

La cifra del futuro,
la luna insegura
y la estrella imperfecta,
el poderoso instante
que insepulta al Todo
y sus criaturas
atacan el Catatumbo
donde lo que vendrá
sucumbe
y lo que nunca será
relampaguea.

REGRESO A CARACAS

Después de más de dos años vuelvo a Caracas. Ya en Maiquetía por los cristales del aeropuerto veo los zamueros girando a lo lejos y el aire del mar, lento y caliente, como el de una fruta asoleada. Y retorna ese golpe de alegría, esa extensión del alma que me ocurre cada vez que regreso a esta tierra.

Caracas no cambia. Es una suerte de caracola entre los cerros troquelados por el caserío, el verde inmensado de nubes y los pozos de luz del Avila, que se desencadena en bocinazos, tumultos y ferias callejeras; atrabiliaria pero intensa, con su gente apasionada, tonante, afirmada en la potencia luminosa de sus lares.

Todos en un estado de presente excesivo pero atando hilo a hilo el gran telar de sus raíces, fundándose continuamente al impulso de su imaginación. El negro, el zambo, los pueblos originarios, el criollaje, los

inmigrantes, tratando de fijar ese caleidoscopio en un solo esplendor tan encendido como inteligente.

El encuentro con mis amigos da en una peregrinación pagana hacia Sabana Grande, en el centro de Caracas, rumbo al Triángulo de las Bermudas, del que sobrevive un solo vértice. Tres bares donde desplegaron su risueña República del Este (con elecciones públicas, ministerios y decretos incluidos) los más talentosos escritores de Venezuela. Allí ejercieron su poder desopilante Capoulicán Ovalles, Carlos Contramaestre, Adriano González León, Salvador Garmendia, Ramón Palomares, entre otros.

Y el Callejón de la Puñalada, ahora bien llamado Víctor Valera Mora, vate insignia de la poesía revolucionaria y otros, donde Andrés Aguilar, poeta y antiguo guerrillero, ejerce su prédica jubilosa.

Pero esta vez no todo es alegría. La noticia de que la hasta el momento imprecisa enfermedad de Chávez lo obligó a viajar a Cuba para curarse, los ha ensombrecido. En el diálogo se suceden tanto la aflicción como la esperanza. La preocupación sobre la gobernabilidad de Venezuela tanto como la fe en la solidez del proceso revolucionario ante la ausencia de su líder, la reacción de las Fuerzas Armadas, la inquietud popular, la ya desatada campaña de la oposición para desestabilizar al gobierno.

En cada uno de estos hombres veo, encarnada, irrenunciable, su convicción bolivariana. Hablan de

proyectos, de cambios, de políticas justas. De su lealtad indeclinable hacia el Comandante Chávez.

Sin embargo, algo como un pozo ocupa el lugar de las voces, de la música. Y entristece.

Durante meses durará ese penar. Ese no saber.

Con el alma en un hilo toda Venezuela y Latinoamérica.

Con el alma en un hilo, silenciosa, Caracas.

EL PODER DEL AUTANA

Mi penúltimo viaje me llevó de nuevo al Orinoco, a Puerto Ayacucho. Livio Delgado, poeta entero, nobilísimo y solidario como siempre, me acompañó en esta travesía que sería el primer tramo de otra que, cruzando la Amazonía de norte a sur, concluiría en Bolivia.

A merced del sol, desparramada, entre palmerales y mangos, Puerto Ayacucho es una de las bocas más importantes de acceso al Orinoco. Nació cuando los presos políticos abrieron la ruta que uniría el sur venezolano con el Orinoco, a través del puerto de Samariapo. En ella se enfrentó Maisanta al oscuro gobernante Tomás Fúnes.

Perduran allí los vestigios de sus años más prósperos, tapados por la parafernalia de los nuevos comercios, muchos de ellos de propiedad de inmigrantes árabes, tiendas de ramos generales, donde, como en otros lugares cálidos de nuestros continentes, se repite la escena de la familia atendiendo el negocio, donde irreductible,

el anciano propietario fuma, detenido desde hace años en la misma hora, con la molición con que sus antepasados miraban pasar el desierto.

De la selva que ha retrocedido hasta el fondo quedan sus últimas dentelladas, cejas de vegetación a la vera del río.

El avance agrícola-ganadero sobre la Amazonía en toda su extensión, sobre todo en miles de hectáreas depredadas por la ambición delincuente de los terratenientes (capaces de llegar al asesinato masivo como ocurrió con la matanza de Los sin Tierra en Brasil), la avidez del imperio por hacerse con las grandes fuentes de agua potable —el Amazonas y sus afluentes, las cuencas y lagos de la Patagonia—, ponen en peligro la existencia misma de la vida sobre el planeta.

Venezuela posee una naturaleza desbordante, al igual que toda América Latina. Su preservación debe ser una política de Estado ineludible y una iniciativa común a todo el continente y las islas. Con una legislación que la proteja, dentro de un macro programa que podría asumir la Celac entre sus más urgentes prioridades.

La existencia armónica del hombre entre los dones de la tierra se ha convertido en una utopía. Y hay que replantear cuáles son los valores que, más allá de los que pregonan el mercado y el consumismo desmedido, pueden darle sentido y plenitud a su breve paso por este mundo.

Sí, claro que hay bolsones de miseria imperdonables, que hay desocupación (ahora que la técnica suplanta la labor de miles de hombres, generando un exceso de riqueza que debe redistribuirse), pero es cierto también que en nuestro subdesarrollo tenemos todavía ciertos privilegios, quizás por estar entre los esplendores de esta naturaleza, por vivir en un tiempo más remansado y menos urgido por la voracidad del desarrollo a ultranza.

Ese hombre que canta toda una tarde bajo un árbol, junto al río, es más dueño de su libertad y del tiempo. Tiempo, libertad, ecología, en eso no somos subdesarrollados. Y a esos legados —si no los defendemos— también querrán quitárnoslos.

Creo que la política, ya sea por las urgencias sociales o por sus calcificadas premisas, tiende a encerrarse en sus espejos y deja de lado este horizonte axiológico que debería ser su objetivo fundamental. Frente a la sed de poder y posesiones, la plenitud del hombre y de su espíritu con el universo.

Y es que hay que recordar lo que dice la copla popular: *“Yo no soy quien antes era/ni la flor que florecía/soy el olvido profundo/de la mudanza del día”*.

Pero volvamos a los alrededores de Puerto Ayacucho. Atravesándolos se ven caseríos de guajivos (venidos de Colombia), de jivis, de piaroas y cultivos de yuca, plátano y piña. Embarcamos en Puerto Samariapo en una curiara, con el guía Adrián Arana, luego de despedirnos de

Yuri Patiño que, junto a su esposo Emilio y su cuñado Alexander, nos dieran una generosa bienvenida.

Es el imperio de la ceiba, del palo de aceite, de los yarumos que se asoman a la orilla con sus hojas como manos de estrellas. De la anaconda que en los pantanos se hunde y deshunde en el lodo, buscando su memoria en la tierra. 800 especies de mamíferos y 600 de aves habitan en este escándalo de la naturaleza.

Dejamos el Orinoco para entrar al río Zipapo que se embebe de suaves cascadas, entre grandes pedrones, por canales donde se asoman las palmeritas niñas del moriche, como perdidas, desconociendo el agua, queriendo irse de la tierra. Vamos hacia el río Autana que nos llevará al tepuy que le ha dado el nombre.

Abunda el árbol tiritá, desollado como el abeto, entre la vegetación que alza sus iglesias de agua y sombra.

Cuentan que el Autana, el tepuy, era el árbol de la vida. Guajari, su guardián, mandó cortarlo y al caer se derramaron todos los frutos de la tierra. Si lo hachaban de noche, reaparecía. Ahora es ese monte, ese cono, que aparece de golpe ante nuestros ojos, solo y absoluto, unido por un arcoíris como un nervio hacia el infinito.

Fue verlo y sentir, primero una inquietud casi imperceptible y, cuanto más nos acercábamos a él, un angustioso desasosiego, como si una fuerza extraña y violenta se apoderara de mí, descontrolándome.

No digo nada, intento disimular ante Livio mis arrebatos. Hasta que llega la noche y los árboles pierden

su nombre y emerge la profundidad del río. Siento que la geología se hechiza, que va a crecer de nuevo el Autana. Anoto en mi libreta de viaje: “Noche infernal en el Autana. No pude dormir un minuto. Algo mío se destruía o derrumbaba. Camino bajo la lluvia a las 5 de la mañana. Unos tragos de whisky y unos cigarrillos para que venga el amanecer. Pero algo dejé o me dejé de soñar”.

Ya de mañana me sosiega el diálogo de los piaroas, hecho como de gemiditos.

Recién, cuando un recodo del río me hizo perderlo de vista, me volvió el alma al cuerpo. Después, con el tiempo, ese hechizo del Autana volvió a aparecer en este poema que lleva su nombre:

Ese pesar que usted tiene
le viene del Autana.
Quien lo mira pierde, como él,
su conexión con el firmamento.
Se amanece en el rocío
con el cerebro lleno de ramas blancas.
No puede pegar los ojos
porque el Autana le paralizó el futuro.
Si sigue aquí,
vaya donde vaya,

en todos los lugares estará simultáneo.
Ese penar
es como el mal de altura. Se cura bajando.
Aquí crece lo que no comienza.
No hay quien duerma
donde sueña un árbol.

De vuelta hacia Puerto Ayacucho se ven comunidades de jivis, curripacos. Sus sombreros reproducen la forma de sus chozas cónicas, en cuya cumbre se yergue un ramaje seco. Es para los pájaros. Ellos bendicen la casa y anuncian – cuando se asientan – la llegada de visitas que no se veían de hace mucho. Si son dos los pájaros, dos serán los visitantes.

Sortilegios esos, que andan por el aire.

Nos detenemos a ver los petroglifos de Pintao, donde los hombres grabaron en la roca animales y laberintos, señas de sus pequeñas eternidades.

Por si un día no amanece el Autana.

ÚLTIMOS TIEMPOS

Estamos en el año 2011. Chávez desde La Habana informa que ha sido operado de cáncer y que deberá someterse a sucesivos tratamientos para tratar de erradicar la enfermedad. A un año de las elecciones presidenciales, la ausencia del Presidente, que sigue desde Cuba instruyendo a sus colaboradores, incentiva la campaña no solo de la oposición sino de toda la derecha reaccionaria internacional que, desde hace tiempo, intenta desacreditar la gestión no solo del líder venezolano, sino también de todos los gobiernos progresistas de América Latina que, con la consolidación continental de democracias con inclusión social, asistiendo a la mayoría postergada, defendiendo la soberanía política de sus estados, han dado prueba de una eficacia —que la derecha no tuvo— para elevar los índices de la economía, promover el desarrollo sin dependencias y, lo más temible para aquella, con un masivo apoyo del pueblo.

Los argumentos son: Chávez es un dictador. Y Chávez gana por amplísimo margen todas las elecciones que, como dije, según los observadores internacionales, son las más transparentes del mundo.

Chávez reprime la libertad de prensa. Y cuando se los ha desafiado a que digan el nombre de un solo periodista que haya sido presionado por el gobierno, no responden.

Chávez está desfondando la economía de Venezuela. Y en ese año —2011— el PBI del país es de 342 mil millones de dólares, produce tres millones de barriles de petróleo por día y posee una balanza comercial superavitaria equivalente a 57 mil millones de dólares.

También se intenta reducir la figura de Chávez a la de un “mero” caudillo. Pero, como es sabido, los caudillos suplantán en su personalismo lo que debería ser voluntad y conciencia de las masas. Las conducen, sin elevarlas. No es el caso del líder bolivariano que dignificó a la gente permitiéndole el acceso a todos los niveles de la educación. El argumento ladino intenta oscurecer una evidencia clarísima: Chávez no fue un caudillo sino un estadista a nivel internacional, capaz de haber dado un vuelco transformador a la historia. La derecha reaccionaria no puede mostrar ejemplos de esa altura.

El 10 de setiembre, ya de vuelta en su país, Chávez anuncia que está recuperado. No obstante, en febrero de 2012, se le detecta otra lesión y es sometido a una nueva intervención, que no habrá de parar los efectos

invasivos del tumor que lo obliga a recibir un duro tratamiento con quimioterapia.

La enfermedad no lo arredra y presenta su candidatura a la presidencia una vez más. Recorre todo el país con su campaña afirmando: “Chávez no miente, se entrega de lleno al trabajo. Chávez es del pueblo. Yo no los he engañado. Chávez no les va a fallar en el próximo período. Chávez son ustedes”.

La reacción neoliberal insiste en demonizarlo. Lo acusa de populista y oculta datos: la economía había crecido un 5,6%, el Plan Vivienda Venezuela había entregado ya 350 mil casas. Reitero, para los más necesitados, como dije, sin costo alguno, equipadas con todos los electrodomésticos y hasta con una biblioteca. Construye en pleno centro de Caracas edificios para las muchachas de 12 a 16 años que han sido madres tempranas y no tienen cobijo.

Y más todavía: la tasa de desempleo, que en 2003 estaba en el 17,3%, ha descendido en el 2012 al 6,5%; la tasa de pobreza, que en 1999 se situaba en el 49,9 %, ha bajado al 27,2 %; la de la indigencia (en el mismo período) del 21, 7 % al 10,9 %; la de la mortalidad infantil del 16,8% al 8,4%; la deuda externa, como porcentaje del PBI, del 41,5 % al 24,9 %.

Un millón quinientos mil venezolanos aprendieron a leer y se erradicó el analfabetismo de Venezuela. El mismo número de personas, con la asistencia de médicos

cubanos, fueron atendidos, mejorando la visión con operaciones, la mayoría de cataratas. El Sistema Nacional Público proveyó de asistencia médica gratuita a todos los venezolanos. La tasa de escolaridad secundaria sobrepasó el 73% y 2,3 millones de estudiantes accedieron a la educación universitaria. Todos estos logros ejerciendo paralelamente una docencia sin tregua, que lo llevó a dar maratónicas alocuciones en su programa televisivo *Aló Presidente*.

El político argentino Carlos Heller, en su artículo “Completando el proceso iniciado por Bolívar” (Diario Tiempo Argentino, 10-3-13), además de consignar estos últimos datos, puntualiza que “en lo económico, la reforma agraria permitió a decenas de miles de agricultores ser dueños de sus tierras, la nacionalización de Pdvsa en 2003 posibilitó a Venezuela recuperar sus soberanía energética y la posterior creación de Petrocaribe en 2005 permitió a 18 países de América Latina y el Caribe adquirir petróleo y asegurar su abastecimiento energético, una misión que demuestra el carácter solidario y latinoamericanista de la Revolución Bolivariana y de su comandante, Hugo Chávez”.

Sobre estos índices el imperio y sus secuaces, callan. Ya no les fue trago fácil la creación de la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA), que reúne a nueve países con una opción definida hacia el socialismo, la de Unasur y la de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y

Caribeños (Celac), la incorporación de Venezuela al Mercosur y otras iniciativas de Chávez como Telesur, el Banco del Sur o la propuesta del Gasoducto del Sur (inspiradas, según él mismo refiere, en el Informe de la Comisión del Sur que presidía Julius Neyer), verdaderas columnas de la integración de nuestros pueblos. Hay que recordar que al poco tiempo de salir de su reclusión en Yare, Chávez intentó organizar la Internacional Bolivariana, contactando con políticos de varios países latinoamericanos, lo que habla de su temprano empeño por hacer realidad la Patria Grande.

En el interín había logrado, en acuerdo con el presidente Santos de Colombia, normalizar las relaciones de Venezuela con ese país, poniendo fin a un período de crispados enfrentamientos, fruto de las malévolas y arteras políticas del expresidente Uribe (En la lucha por la pacificación de ese país se había ofrecido de intermediario. Posteriores disensiones con las FARC lo llevaron a decir que estaban “fuera de tiempo” y a reprobar su persistencia en el uso de las armas).

Respaldado por esas monumentales acciones que le valieron —no entre sus enemigos— el reconocimiento como gran estadista internacional, y por su pueblo que lo apoyaba incondicionalmente, Chávez, aún enfermo, no les da tregua.

Llevando como vicepresidente a Nicolás Maduro, hasta entonces Canciller, se presenta a las elecciones

contra el candidato opositor Henrique Capriles. Y triunfa.

Gana su cuarto período presidencial por 54,42% de votos contra el 44,97% obtenido por Capriles, habiendo participado en las elecciones más del 80% de los ciudadanos. A la vez que vence en 21 gobernaciones de los 23 estados.

Venezuela y todos los pueblos latinoamericanos que reconocen en él al gran impulsor de la unidad del continente celebran la victoria.

Nueve meses le llevó al destino oscurecer esa alegría.

LA ÚLTIMA BATALLA

La intensa actividad de Chávez en este lapso contribuye a acelerar la gravedad de su enfermedad. Un cáncer que él advierte —viendo que había afectado también a otros presidentes latinoamericanos— pudo haber sido inducido. La sospecha no es vana. Casos precedentes la reafirman como el comprobado envenenamiento del líder palestino Arafat.

Cada vez es más evidente el avance del mal. Los médicos deben recurrir a fuertes paliativos para calmar los intensos dolores. Con todo, Chávez trabaja contra reloj, denodadamente, organizando un equipo de gobierno capaz de conducir el Estado durante sus ausencias que lo obligan a regresar a La Habana para su tratamiento.

En un mensaje al país instruye que, en caso de cualquier situación que le impidiera ejercer sus funciones frente al Estado, el pueblo deberá elegir como presidente

y conductor de la Revolución Bolivariana a Nicolás Maduro, en quien confía para asegurar la solidez y continuidad de la misma.

Esta directiva despeja el cúmulo de elucubraciones sobre el fin de Chávez, que entusiasma a muchos de la oposición y afflige a la gran mayoría de los venezolanos.

Es a Maduro a quien le entrega la réplica del sable de Bolívar, antes de viajar a Cuba, donde, desde 2011, no es posible visitarlo. Solo han tenido acceso a él los miembros de su familia. Cristina Kirchner, Evo Morales, Rafael Correa, van a La Habana y regresan sin poder verlo.

Después de semanas, Hugo Chávez Frías vuelve a su patria a morir.

Maduro, con la voz quebrada, anuncia al pueblo su deceso el 5 de marzo de 2013.

La noticia sacude a Venezuela, a América Latina, al mundo entero.

Pero Chávez , como ya se dice, igual que el Cid, daría, muerto, su última batalla.

El dolor de su pueblo se desborda. Cinco millones de personas van a desfilar día y noche ante el féretro. Vienen de toda Venezuela y del extranjero, están de pie veinticuatro horas solo para verlo dos segundos y despedirlo. La caravana que lo lleva por la Avenida de los Próceres, hacia la Academia Militar del Fuerte Tiuna, avanza entre llantos y adioses y gritos de “¡Chávez vive!”, “¡Todos somos Chávez!”, “Chávez no murió, se

multiplicó”, mientras el pueblo a quien tanto él había abrigado, se despojaba de su ropa y la arrojaba sobre el féretro hasta cubrirlo entero.

Son infinitos los testimonios personales de esa gente contando todo lo que había hecho por ellos. Desde “Yo era invisible, él me volvió persona”, hasta el de esa mujer que dijo “Vengo a ver a mi marido”. “¿Cómo a su marido?”, le preguntan. “Sí, él fue mi marido. Esta niña es mi hija, no oía ni hablaba. Él, personalmente, se ocupó de que la curaran y ahora oye y habla. Y este niño, mi hijo, tenía una enfermedad que yo, por pobre, no podía curar. Ahora, gracias a Chávez está sano. A mí me dio casa y trabajo. Por eso digo que es mi marido. Por eso vengo de luto, vestida de rojo entera”.

Voy por las calles de Caracas. En todas partes Chávez canta, arenga, abraza, baila y ríe y lucha en esta suerte de presente continuo que comienza con su muerte en Venezuela. Una épica que no cesa, que se afirma en las consignas, que vuela en las canciones, que se refrenda, imbatible, en la voluntad de ese pueblo dispuesto a llevar a la realidad todo el sueño bolivariano.

En tanto, la prensa reaccionaria como el diario ABC afirma aviesamente que Chávez había muerto hacía días en La Habana y que el féretro, llevado en procesión a la Academia Militar, no contenía el cuerpo de Chávez, afirmación que blande la oposición. Esto provoca una ola de indignación popular, por la afrenta a su dolor

y al de la familia Chávez. De hecho, según me relata Leonardo Ruiz, él se encontraba con la madre del líder en Barinas, cuando Maduro dio la noticia de la muerte. La Madre de Chávez cayó desmayada al oírla.

Creo que la bajeza de esos señores no merece más comentarios. Ni la de aquellos que festejaron su muerte en Miami, por ejemplo.

Cuando los pueblos lloran por la altura de un hombre, los que ríen no tienen altura para ser hombres.

Siete días fueron velados los restos de Hugo Chávez Frías en el Museo de la Revolución, en el mismo sitio donde inició su levantamiento contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez, ahí, en la Comuna 23 de enero, trinchera de tantas luchas populares.

Chávez venció una vez más. Ahora nadie, viendo ese pueblo, puede decir que fue un dictador. En esos siete días desdemonizó para siempre y propagó como nunca, en todo el mundo, a la Revolución Bolivariana.

Le bastó un instante, el último, para entrar a la historia. Entre los grandes. A partir de ese momento la reacción internacional atacará al “chavismo”, pero sin un solo argumento que pueda mancillar ni la conducta ni la memoria de su conductor.

NUEVAS ELECCIONES

Comienza la campaña para elegir el nuevo presidente. Los principales postulantes son Maduro y Capriles. La Revolución Bolivariana actúa al impulso de la memoria del líder fallecido al que Maduro rinde, en cada acto, un homenaje. A veces con una vehemencia legítima, hija de la emoción, pero que, a mi modo de ver, puede convertirse en contraproducente por vía del exceso casi deificador, si continuara como lenguaje desde el Estado. De ser así podría quitar visibilidad no solo a la acción de la dirigencia, sino también a la solidez de la misma revolución. Hay que recordar que, durante las reiteradas ausencias de Chávez para su atención médica, la conducción de esta se mantuvo perfectamente operativa al frente del gobierno, 18 meses de los 24 que duró el último período de su enfermedad.

Las huestes que siguen a Capriles denominan a su comando electoral con el nombre de Simón Bolívar (antes habían tirado el retrato del Libertador a un retrete) en un intento de confundir al electorado. Sus ataques no se reducen a la beligerancia verbal. Se hackean las cuentas de Twitter de Maduro y de varios ministros.

Maduro denuncia un plan para asesinar a Capriles, fraguado por quienes quieren provocar la desestabilización de la democracia.

El escrutinio le da un triunfo ceñido —mucho más de lo que esperaba con respecto a los cómputos de la última elección— con un 50,66% contra un 49,07% de Capriles. Este último llama a una movilización, desconociendo los resultados. Sus secuaces atacan a balazos sedes del PSUV y de Centros de Diagnóstico Integrales, dejando un saldo de ocho militantes chavistas muertos. Los que pregonan legalidad recurren al homicidio.

La Unasur refrenda la transparencia de los comicios a través de su presidente Chacho Alvarez. La OEA y los Estados Unidos no reconocen el triunfo de Maduro. Luego de que lo hicieran los países miembros de la Celac, la OEA reconsidera y revierte su postura. Los Estados Unidos persisten en su actitud. Se les reclama por su injerencia en la voluntad soberana de otros pueblos y a la vez se les recuerda los fraudulentos comicios de Miami que despojaron del triunfo a Al Gore,

entronizando —para desgracia del mundo— al genocida George W. Bush.

La mano del imperio se mueve en las bambalinas de la oposición. Persisten en tildar de dictadura una revolución que no es otra cosa que una democracia más justa y legítima. Pretenden confinar a la denominación de “populismo “a un gobierno que es, realmente, del y para el pueblo”.

Y no solo para sus privilegios, por otra parte amenazados. Así lo señala Zygmunt Bauman: “una creciente separación, que se acerca de forma alarmante al divorcio, entre poder y política, los dos socios aparentemente inseparables que durante los dos últimos siglos residieron o creyeron y exigieron residir en el Estado nación territorial. Esa separación ya derivó en el desajuste entre las instituciones del poder y las de la política. El poder desapareció del nivel del Estado nación y se instaló en el ‘espacio de flujos’ libre de política, dejando a la política oculta, como antes, en la morada que se compartía y que ahora descendió al ‘espacio de lugares’. El volumen de poder que importa ya se hizo global”.

La profundización de la democracia en nuestras naciones es un intento de revertir este fenómeno. La inclusión social la forma de hacerla efectiva. Antes de que los buitres se coman la montaña.

Maduro será investido Presidente. En la Asamblea Nacional Diosdado Cabello se niega a dar la palabra

a los diputados de la oposición que no reconozcan al nuevo mandatario. Capriles niega los resultados y exige un recuento de los votos.

Asume Maduro con la presencia de mandatarios del Mercosur, de Irán, Nicaragua, además de altos funcionarios de Palestina, China y Arabia Saudita, entre las 15 delegaciones asistentes.

Sin que cesen las demandas de la oposición que se autoproclama vencedora en los comicios (de hecho Capriles terminó impugnando la elección), comienza una nueva andadura de la Revolución Bolivariana.

Tendrán que revisarse defectos que se revelaron a lo largo de los quince años frente al gobierno. Algunos como casos de corrupción —hay que recordar que Chávez expulsó públicamente a funcionarios corruptos como al coronel Luis Alfonso Dávila, ministro de su primer gabinete, o al ministro Antonio Albarrán, para dar solo dos ejemplos— y otros casos de inoperatividad dentro del propio partido. Es significativo que, durante las honras fúnebres a Chávez, la gente mencionara al líder o a Maduro en sus reconocimientos. Fueron invisibles las referencias al PSUV.

A todo ello se deben sumar los problemas que trajeron aparejados la crisis energética y el desabastecimiento convertido en poco menos que un golpe de Estado alimentario, promovido por los especuladores, y el apoyo de la prensa enfrentada al gobierno. Los

desequilibrios financieros, hijos también de la fuerte devaluación de la moneda que hizo Maduro antes de asumir en este nuevo período, la inseguridad y la delincuencia urbana.

Sería importante que la revolución preservara el talento creativo, uno de sus más destacados dones, con esa alegría y fervor tan puritamente propia de los venezolanos, expandiéndose libre, ajena a los sombríos controles autoritarios y a los infaustos comisarios políticos, como lo ha hecho hasta ahora.

Es necesario, además, llevar a cabo una prolija labor de acercamiento a los sectores disidentes menos radicalizados, a fin de menguar la polarización de la ciudadanía venezolana y poner en evidencia a los grupos que, ante la imposibilidad de tomar el poder por las urnas, pretenderán hacerlo a través de un golpe de Estado.

Aunque las Fuerzas Armadas respaldan el proceso revolucionario, a lo largo de este se ha visto que hay pequeños sectores que han intentado una sigilosa —y luego descubierta— labor de zapa. La dirección política del mismo debe pues preponderar sobre la militar, aunque sea esta —por su demostrada conciencia bolivariana— la que, junto a la mayoría, la defiende de los ataques antidemocráticos tanto internos como de afuera de Venezuela.

Si bien, como dije, la experiencia de la revolución es por sus especiales características fundamentalmente

venezolana, muchas de sus propuestas, con otras tácticas y estrategias, son compartidas por los otros estados progresistas del continente.

Será el conjunto de ellos quien proteja su desarrollo pacífico, la salvaguarda de sus instituciones en el futuro a mediano y largo plazo.

Aquellos otros gobiernos tímidamente reformistas, o incluso con tendencias conservadoras que por ahora no formen parte de este impulso histórico, pero que pretendan mantener, sin vasallajes ni entregas, la dignidad de sus pueblos, deberían comprender que es la integración la que los va a dotar de fuerza a la hora de negociar con los intereses imperiales. Y que, a la vez, esa unión blindará la soberanía de todos.

El camino hacia la Patria Grande está trazado por la voluntad de los pueblos, con una clara voluntad democrática, de igualdad, libertad y justicia. Entre quienes intentan coartarlo hay también incautos o desprevenidos adherentes que no perciben el valor de sus objetivos. Deberán llamarse a reflexión, tomar conciencia de cómo esta integración beneficia al conjunto, más allá de las discrepancias puntuales con uno u otro partido.

Esta es la única utopía que podemos tocar con las manos.

“*Naidés es más que naidés*”, rezaba la bandera de Artigas.

No seremos nadie si no estamos unidos. No va a cesar ni al corto ni al mediano plazo el asedio y el ataque de las fuerzas reaccionarias internacionales. Toda América Latina debe poner de pie ese huracán libertario para enfrentarlas, para que, como el relámpago del Catatumbo, alumbre todos los futuros.

BIBLIOGRAFIA

Julio Lavandero Pérez

Guarao versus wáraw - Dos versiones usuales. (Edición del Viceministerio de Cultura, Consejo Nacional de Cultura y Gobernación del Estado Delta Amacuro de Venezuela - Sin fecha de edición).

Filiberto Ojeda Ríos

Puerto Rico, las Antillas, nuestra América toda (El Perro y la Rana, Caracas, 2008).

Pedro Ruiz

Palo Negro ayer y hoy (El perro y la rana, Caracas, 2006).

Campesinos (Monte Avila, Caracas, 2009).

Eduardo Galeano

Las venas abiertas de América Latina (Catálogos, Buenos Aires, 1998).

Orlando Araujo

Compañero de viaje y otros relatos (Monte Ávila, Caracas, 2005).

Ylisney Orta, Juan Marot y otros investigadores

La cultura warao de lo oral a lo escrito (Edición del Consejo Nacional de la Cultura y la Gobernación del Delta Amacuro, sin fecha de impresión)

Néstor García Canclini y Carlos Moneta (y varios autores)

Las industrias culturales en la integración latinoamericana (Eudeba, Buenos Aires, 1999).

Varios autores

Identidad cultural. (Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación, N° 120, Buenos Aires, 2000).

José Gregorio Linares

Nuestra América: Pasado comunitario Porvenir socialista (Ediciones de la Universidad Bolivariana de Venezuela, Caracas, 2012).

Mario Sanoja

Memorias para la integración (Monte Ávila, Caracas, 2012).

Leonardo Ruiz

Leer llano (El Perro y la Rana, Caracas, 2007).

Ángel Calle

Nuevos movimientos globales- Hacia la radicalidad democrática (Editorial popular, Madrid, 2005)

José Herrera Oropeza

América Latina: proceso hacia el socialismo (El Perro y la Rana, Caracas, 2007)

Hugo Chávez

La unidad latinoamericana (Oceansur, Bogotá, 2006)

Saúl Sowsnowski y Roxana Patiño (compiladores)

Una cultura para la democracia en América Latina (Ediciones Unesco y Fondo de Cultura Económica, México, 1999)

Mario José Grabviker (compilador)

Venezuela bolivariana – Integración latinoamericana y cooperativismo (Desde la gente, Buenos Aires, 2004)

Simón Rodríguez

Inventamos o erramos (Monte Ávila, Caracas, 2004)

J. M. Briceño Guerrero

El laberinto de los tres minotauros (Monte Ávila, Caracas, 2007)

Ignacio Ramonet

Hugo Chávez- Mi primera vida (Debate, Buenos Aires, 2013)

Modesto Emilio Guerrero

Chávez El hombre que desafió a la historia (Ediciones Continente, Buenos Aires, 2013)

Alejandro Humboldt

Del Orinoco al Amazonas (Labor. Punto Omega, Barcelona, 1981)

Francisco de Miranda

Documentos fundamentales (Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1992)

Guillermo Sunkel (coordinador)

El consumo cultural en América Latina (Convenio Andrés Bello, Bogotá, 1999)

Manuel Antonio Garretón (coordinador)

América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado (Convenio Andrés Bello. Bogotá, 2002)

Vince de Benedittis

La música en el Delta del Orinoco (Viceministerio de Cultura, CONAC, Gobernación del Delta Amacuro, Alcaldía Municipio de Tucupita e Instituto Universitario Tecnológico Delfín Mendoza, Venezuela, sin fecha de edición)

Ruth Benedict

El hombre y la cultura (Edhasa, Barcelona, 1989)

Isaac López

Rostros de Paraguaná (Universidad de los Andes, Mérida, 2007)

Día Crítica

Números 0, 1, 2 y 3 (El perro y la rana, Caracas, 2006, 2007 y 2008)

Miguel Panadero, John Cole, Milton Santos

Urbanización, subdesarrollo y crisis en América Latina (Seminario de Geografía, Albacete, 1988)

Juan Barreto Cipriani

Poder popular Poder Constituyente (Sin especificación de impresión ni de editorial)

Autores varios

Hablan los indignados (Editorial Popular, Madrid, 2011)

Germán Arciniegas

Nueva imagen del Caribe (Sudamericana, Buenos Aires, 1972)

Varios autores

Memorias del Encuentro de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad (El Perro y la Rana, Caracas, 2004)

ÍNDICE

Variaciones sobre el primer paradigma / 11

Hacia una sociedad horizontal / 19

La Patria grande / 23

Las armas del conocimiento / 29

Cultura e integración / 33

Sobre este trabajo / 37

Chávez en persona / 41

La historia política / 44

Cronología de Chávez / 51

Una encrucijada / 63

Entresueño / 69

Orinoco / 71

Araya metafísica / 81

Falcón ardido / 84

Hacia el paraíso de la cristalina / 87

La canción de Carora / 90

Barinas invisible / 93

Caldera, pueblo de fugitivos /	97
Gran-Titiritero-Gran /	99
Lejanía de los llanos /	101
Hacia Coro /	112
Chichiriviche /	116
Desde Valencia al llano /	118
El arpa de agua /	124
El cantar del Catatumbo /	130
Catatumbo /	133
Regreso a Caracas /	135
El poder del Autana /	138
Últimos tiempos /	144
La última batalla /	150
Nuevas elecciones /	154
Bibliografía /	161

EL CANTAR DEL CATATUMBO se imprimió
en la imprenta Bicentenario de Carabobo
de la Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
en el mes de abril de 2022





Integrado por una serie de vivencias escritas por Leopoldo Castilla, durante los viajes que realizó a lo largo de Venezuela en los últimos años del mandato del Comandante de la Revolución Bolivariana, Hugo Chávez Frías. Entre los escenarios plasmados en las distintas crónicas y memorias destacan el llano, los páramos andinos, la selva y las costas caribeñas. Cada pasaje de la obra, aparte de la acostumbrada visión romántica del poeta, es acompañado por reflexiones y análisis de corte político y social, referentes a la realidad por la que atravesaba en aquellos días la nación bolivariana.

La integración latinoamericana impulsada por Chávez a lo largo de sus años a cargo de la Presidencia de Venezuela, la injerencia de los Estados Unidos en la política interna con el fin de sabotear el proceso revolucionario, así como el duro momento vivido por el pueblo venezolano luego de conocerse el padecimiento del Comandante Chávez, son algunos de los tópicos abordados en cada crónica.

LEOPOLDO CASTILLA (Argentina, 1947)

Poeta, narrador y ensayista. Entre los premios que ha recibido destacan: el Primer Premio Municipal de Poesía de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, bienio 1998-1999; el Primer Premio de Poesía año 2000 del Fondo Nacional de las Artes; el Premio Esteban Echeverría en el año 2013, con el voto de escritores de toda la Argentina; el Premio Konex en el año 2014; el Premio Rosa de Cobre de la Biblioteca Nacional, por toda su trayectoria; el Premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora 2014, otorgado por el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, de Venezuela; y el Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía en el año 2018. Sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, alemán, italiano, sueco, portugués, chino, turco, macedonio y ruso. Su vasta obra, aparte de la poesía, incluye la narrativa y la autoría de canciones del folclor argentino, y obras para teatro de títeres.